



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Una historia holandesa (1847) de Mme. d'Arbouville: entre lo trágico y lo sentimental. Sobre su traducción en la República de la Nueva Granada

Jhonattan Zárate León

**Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Literatura
Maestría en Estudios Literarios
Bogotá, Colombia
2019**

***Una historia holandesa* (1847) de Mme. d'Arbouville: entre lo trágico y lo sentimental. Sobre su traducción en la República de la Nueva Granada**

Jhonattan Zárate León

Trabajo de grado presentado como requisito para optar al título de Magíster en Estudios Literarios

**Director:
Ph.D., Iván Vicente Padilla Chasing**

**Línea de profundización:
Literatura colombiana del siglo XIX**

**Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Literatura
Maestría en Estudios Literarios
Bogotá, Colombia
2019**

*Le seul moyen d'affronter un monde sans liberté est de devenir
si absolument libre qu'on fasse de sa propre existence un acte
de révolte.*

Albert Camus

*Les mots diversement rangés font un divers sens, et
les sens diversement rangés font différents effets.*

Blaise Pascal

A las decisiones,
Al apoyo incondicional de mis padres y seres queridos,
Al profesionalismo, exigencia y amistad de mi director, Iván Padilla.

Resumen

Une histoire hollandaise (1847) “nouvelle” de Sophie d’Arbouville fue traducida y publicada en 1852 por el periódico de tendencia liberal *El Neogranadino*. La aparente disonancia entre el trasfondo ideológico cristiano-católico de la obra y la postura política laica del periódico dieron origen a este escrito. Sin embargo, el proceso de investigación y reflexión encaminó su desarrollo hacia una problemática de la traducción. La incisiva edición del traductor sobre la obra transforma el sentido global original del francés y produce uno nuevo en su versión castellana. Las siguientes páginas girarán alrededor de tres ejes principales, a saber: el contexto ideológico del periódico y las obras en él publicadas, los problemas inherentes a la traducción y a la concepción de un nuevo sentido y, por último, el sentido propuesto por Mme. d’Arbouville.

Palabras clave: nouvelle, Mme. d’Arbouville, traducción, República de la Nueva Granada, *Una historia holandesa*, siglo XIX colombiano, *El Neogranadino*.

Abstract

Une histoire hollandaise (1847) “nouvelle” de Sophie d’Arbouville a été traduite et publiée en 1852 par le journal de tendance libérale *El Neogranadino*. La dissonance apparente entre le milieu idéologique chrétien-catholique de l’œuvre et la position politique laïque du journal ont motivé cet écrit. Cependant, le processus de recherche et réflexion a conduit son développement vers une problématique de la traduction. L’incisive édition du traducteur sur l’œuvre transforme le sens global du français et produit un autre, présente dans la version espagnole. Les pages suivantes porteront sur trois sujets principaux, à savoir : le contexte idéologique du journal et les œuvres y publiées, les problèmes inhérents à la traduction et à la conception d’un tout nouveau sens et, finalement, le sens proposé par Mme. d’Arbouville.

Mots clés : nouvelle, Mme d’Arbouville, traduction, República de la Nueva Granada, *Une histoire hollandaise*, XIXème siècle, Colombie, *El Neogranadino*.

Abstract

Une histoire hollandaise (1847) “nouvelle” by Sophie d’Arbouville was translated and published in 1852 by *El Neogranadino* liberal’s leaning newspaper. The apparent discord between

the writing's christian-catholic ideology background and the lay attitude of the newspaper gave birth to this text. However, the research and reflect process headed its development towards a translation problem. The piercing edition of the translator over the writing transforms the French's original global meaning and produces a new one in its Spanish version. The following pages concentrate on three primordial axes: the ideological context of the newspaper and the literature writings published on it, the inherent problems in the translation and the conception of a new meaning and, finally, the meaning proposed by Mme. d'Arbouville.

Keywords: nouvelle, Mme. d'Arbouville, translation, República de la Nueva Granada, *Una historia holandesa*, XIXth century, *El Neogranadino*.

Tabla de contenido

Resumen.....	IX
Tabla de contenido.....	XI
Introducción	1
1. <i>El Neogranadino</i> y la publicación de obras literarias.....	7
2. Omisiones y adiciones en la traducción de <i>Una historia holandesa</i> : aproximación a algunas alteraciones del sentido.....	19
2.1. Transformaciones del sentido.....	25
3. <i>Una historia holandesa</i> : entre la visión trágica de la versión francesa y el sentimentalismo de la versión neogranadina	47
Consideraciones finales	65
Bibliografía primaria.....	69
Bibliografía secundaria	69

Introducción

Una historia holandesa (1841), escrita por Madame d'Arbouville, fue traducida en la entonces República de la Nueva Granada y publicada por entregas en 1852 en el periódico *El Neogranadino*. Novelista y poeta, hija del general de Bazancourt y Elisa Houdetot, Sophie d'Arbouville nació en París el 29 de octubre de 1810. Fue criada en los recuerdos y tradiciones del salón de Madame d'Houdetot, lo que la llevó a vivir “en medio de una sociedad que conservaba los gustos y las maneras del gran mundo de antaño”¹ (Anónimo 1876, 2). Contrajo matrimonio a la edad de veintiún años con Loyré d'Arbouville, quien tenía treintaicuatro. Luego de que su esposo partiera hacia el África, Mme. d'Arbouville se instaló en París, donde Sainte-Beuve fue uno de sus más asiduos visitantes (Séché 1999:18), con quien además sostuvo un intenso intercambio epistolar. La totalidad de esta correspondencia revela en Madame d'Arbouville “un alma del siglo XVIII que habría sido empapada por las aguas espirituales del siglo XIX”, “alegre y melancólica, a quien podía decirsele todo” pero en lo tocante a la cuestión de las tradiciones “se mostraba intratable”² (10). Este gesto podría leerse en la ambigüedad del espíritu que subyace en las páginas de *Una historia holandesa*. Muere el 22 de marzo de 1850 a la edad de cuarenta años. Dentro de sus obras más conocidas cuentan *Marie-Madeline*, *Le médecin du village*, *Résignation* y *Una historia holandesa*.

En primer lugar, es necesario señalar que la elección de *Una historia holandesa* y el respectivo acercamiento crítico que presentaré a continuación no es producto del azar. Como egresado del programa de Filología Francesa de la Universidad Nacional, al ingresar a la Maestría de Estudios Literarios, uno de mis intereses principales era poder vincular mis conocimientos de la lengua francesa con los estudios literarios. El primer encuentro que tuve con la obra de Mme. d'Arbouville se dio gracias a la lectura de una de las bibliografías secundarias recomendadas por el profesor Iván Padilla durante el “Seminario de Novela Colombiana del Siglo XIX” dictado en la maestría en 2016. Luego, al consultar *Jorge Isaacs y María ante el proceso de secularización en Colombia (1850-1886)* (Padilla, 2016), el profesor cita un comentario de Vergara y Vergara que captó mi interés: “MARÍA pertenece en la literatura al género sentimental, pero no tiene sino una sola hermana, la Historia holandesa, porque es muy diferente de las otras novelas de esta clase”

¹ Traducción propia.

² Todas las citas de Séché son de traducción propia.

(Padilla: 89). Pese a la poca crítica escrita en la época sobre la autora y su obra, este dato supone un primer acercamiento. En la medida en que la novela de Isaacs y de d'Arbouville comparten el estatus de "hermanas", algunos de los rasgos destacados en una podrían hallarse en la otra. ¿Qué podría ser tan especial en *Una historia holandesa* para ser tratada como igual de una novela tan compleja como *María*?

En el marco histórico en que Vergara y Vergara redactó el artículo, su análisis trasciende los límites de lo estrictamente literario y se resignifica como una toma de posición en materia religiosa, política y cultural. Se intuye, a partir de lo dicho, que ambas obras expresarían la defensa de los valores cristianos católicos en la coyuntura de la revolución liberal operada a partir del gobierno de José Hilario López. No obstante, si estos son los valores rescatados en la obra de la parisina, ¿por qué su traducción y publicación se da en un periódico de corte liberal anticlerical como *El Neogranadino* y no en uno como *El Catolicismo*, abiertamente religioso? ¿Reviste la traducción un interés puramente literario, estético? Más aún, ¿por qué la novela parece tener amplia acogida en el sector conservador? En un primer momento podría pensarse que, al decidir publicar la obra en *El Neogranadino*, los liberales se daban un tiro en el pie. Sin embargo, al contrastar las páginas de la versión francesa y su respectiva traducción en la República de la Nueva Granada, se observan cambios que, desde mi punto de vista, modifican el sentido global de la obra. Entre estos cambios cuentan la **no** traducción y omisión de pequeños pasajes y de párrafos enteros, o la adición de algunas líneas. Este hecho problematiza todavía más la obra y sobre todo su traducción. En las páginas que siguen me detendré de manera amplia en este fenómeno, puesto que dichas transformaciones, en cierta medida, modifican el sentido global de la obra.

Uno de los primeros inconvenientes para la realización de esta investigación es la ausencia de fuentes bibliográficas que se hayan dedicado a estudiar, sea la obra de Madame d'Arbouville, sea la traducción de *Una historia holandesa*. En consecuencia, decidí buscar bibliografía relacionada para conocer más acerca de la obra de d'Arbouville, y en especial acerca de *Una historia holandesa*. De esta manera, di con el libro *Lectura y nación: novela por entregas en Colombia, 1840-1880* (2009). Sin embargo, más allá de encontrar indicios que me orientaran en la investigación sobre los diferentes aspectos de la novela o sobre aquello que la hacía tan especial para Vergara, me encontré frente a un callejón sin salida: la novela era apenas comparada a nivel temático, y en un par de líneas, con otras novelas publicadas durante un mismo período. Aunque la búsqueda fue infructuosa, para compensar esta ausencia, procedí a leer y analizar las

diferentes secciones literarias de diarios y revistas publicados en la respectiva época, en busca de artículos sobre la novela en cuestión que, en principio, me hubieran permitido llevar a cabo un contraste de opiniones o encontrar indicios que me dieran una idea de la recepción de una obra *sentimental* como *Una historia holandesa*.

Tras discutir esta situación con mi director, me enteré de que ni autora ni novela eran reconocidas en el medio literario francés, y mucho menos en el latinoamericano. Me encontré con una novela considerada de segundo o tercer orden. Aunque esta situación me sorprendió, debido a la importancia que le atribuía uno de los primeros críticos literarios del contexto colombiano, decidí emprender la lectura de la versión francesa de la obra. Tras la primera lectura, realizada sin fines académicos, no percibí nada extraordinario. Tan solo se trataba de una novela que seguía los estereotipos de las novelas del género romántico-sentimental. Después de comentar mis impresiones sobre la novela con mi director, me sugirió leer la versión castellana publicada por *El Neogranadino*, así que me dirigí a la Biblioteca Luis Ángel Arango para consultar las microfilmas del semanario. En el transcurso de la lectura decidí, inicialmente, confrontar la versión castellana con la versión francesa, para hacerme a una idea de la manera en que se traducían ciertos apartes. Sin embargo, como resultado de aquella comparación, descubrí una de las primeras razones que estimularon la producción de este escrito: en la traducción presentada en la República de Nueva Granada en 1852 se omite información, desde frases hasta párrafos enteros. A partir de este incidente surgieron varios interrogantes que se convirtieron en el motivo que le dio vida a esta tesina, en particular el fenómeno de la traducción y el porqué de las posibles alteraciones del sentido de la traducción.

Luego, retuvo mi atención el hecho de que una novela atravesada por una visión cristiana del mundo haya sido traducida y publicada en un periódico de orientación liberal, donde se encontraban los llamados “liberales radicales” que promovían, entre otras cosas, las reformas que conducían a la separación del Estado y la Iglesia para la constitución de una república laica. La novela de Madame d’Arbouville fue traducida en un período álgido de reformas en la República de la Nueva Granada, comprendidas entre 1848 y 1854. Éstas fueron promovidas por las clases burócratas que buscaban reafirmar su posición y por la emergente clase social de comerciantes (Colmenares 2008: 21), en busca del progreso nacional industrializado. Tales reformas agudizaron la pugna entre los diferentes sectores sociales neogranadinos, cuyo principal desencuentro sentaba sus bases en la cuestión religiosa. La delimitación ideológica de los partidos políticos

neogranadinos, hacia 1848-1849, se dio alrededor de las funciones que la Iglesia debía asumir en la nueva organización social. De acuerdo con Colmenares, el fondo mismo de la discusión de la época puede representarse en una antítesis bastante simple: “la oposición neta entre creyentes y ‘rojos’, entre católicos e irreverentes, entre la tradición y la novedad, entre el atraso y el progreso” (61). Vista de este modo, la religión cristiano-católica se convierte en el campo gravitacional en torno al cual giran todos los debates, haciendo accesorios los demás aspectos sociales, pues los contrincantes podían converger en cualquier punto salvo en lo tocante a la cuestión religiosa.

El anclaje en torno al sentimiento religioso evidencia una *ambigüedad de conciencia* expresada en un problema de fidelidades (67) que, según Colmenares, padecía la generación neogranadina nacida entre 1825 y 1830. Esta generación se debatía entre las exigencias racionalistas de la civilización que se quería construir y el sentir religioso asimilado por las costumbres. En este orden de ideas, se entrevé la importancia de la traducción de *Una historia holandesa* en la Colombia de la época. Tanto el fondo de la disputa entre los intelectuales neogranadinos como el eje temático central en la novela de d’Arbouville es la cuestión religiosa. Haciendo la salvedad de que la situación neogranadina no es la misma del contexto francés, se pueden establecer relaciones análogas si se pone el asunto en la perspectiva del proceso de secularización y laicización de la sociedad. La tensión producida por los sentimientos que coexisten en permanente pugna al interior de la sociedad neogranadina en cierta medida se parece a los representados en la novela de d’Arbouville.

Igualmente, desde una perspectiva bipartidista neogranadina, teniendo en cuenta las circunstancias histórico-filosóficas del momento de publicación, cuando la producción literaria se encontraba en estrecha relación con la actividad política, resulta curioso que esta misma obra haya tenido una buena acogida entre los intelectuales del partido Conservador. Como prueba de este hecho aparecen dos breves comentarios realizados, el ya citado del entonces conservador José María Vergara y Vergara y otro por el liberal Luciano Rivera Garrido. Rivera enfatiza, en “Una novela nacional”, que la “hermosa, pura, amante i melancólica” María “solo es comparable a la desgraciada Cristina, de la sentimental novela de Madama d’Arbouville, que se titula ‘Una historia holandesa’” (1869, sin paginación). Aunque fugaces, estos comentarios permiten intuir la buena recepción que tuvo la obra al interior de los lectores neogranadinos de la época.

Más allá de los probables vínculos axiológicos que justifiquen la traducción de *Una historia holandesa* en la República de la Nueva Granada, uno de los rasgos más interesantes

presente en la traducción publicada por *El Neogranadino* recae sobre las modificaciones sistemáticas que se produjeron sobre la obra al momento de ser traducida. Si bien el ejercicio de traducción se permite ciertas libertades estilísticas cuando se trata de preservar el sentido en la transición de una lengua a otra, como la reinterpretación de frases o la sintaxis de éstas, la publicación del periódico neogranadino evidencia transformaciones de fondo que podrían ser problemáticas.

Puestas en evidencia las diferencias entre la versión francesa original y su traducción, podría pensarse que *Una historia holandesa* es una novela de doble militancia pues, de algún modo, sirvió para los intereses de los partidos en contienda. Así, el propósito de esta investigación, además de esclarecer la importancia de los cambios semánticos o de sentido que hayan podido producirse tras las modificaciones que el traductor ejerció sobre la obra, es indagar alrededor de las posibles intenciones de la traducción en relación con la implementación de la reforma liberal, así como con el conflicto bipartidista y la cuestión religiosa. Esto me lleva a preguntarme por la relación que la traducción de *Una historia holandesa* tuvo con el contexto sociohistórico en que fue publicada. A partir de aquí, en esta investigación me he orientado con base en las siguientes preguntas: ¿por qué una novela cuya temática transversal es la moral cristiano-católica es traducida en un periódico de ideología liberal radical?, ¿qué implicaciones tendría la traducción de *Una historia holandesa* en el contexto social neogranadino?, ¿bajo qué criterios editoriales se realizan las diferentes alteraciones de la obra al momento de su traducción?, ¿las alteraciones hechas sobre la obra llevarían a un eventual cambio de su sentido original?, de ser así, ¿cuál sería el nuevo sentido formado a partir de dichas alteraciones?, ¿qué implicaciones tendría este nuevo sentido sobre el debate en curso alrededor de la cuestión religiosa en la República de la Nueva Granada?

De esta manera, en la primera parte, me decidí por esclarecer el perfil axiológico de *El Neogranadino* para poder entender el tipo de obras literarias que fueron publicadas en la sección del folletín o en aquello que los editores denominaron la “semana literaria”. En la segunda parte, me detengo de manera amplia en el fenómeno de la traducción para analizar en detalle las transformaciones operadas a nivel estructural y semántico: hago particular énfasis en las supresiones y adiciones, y en la importancia que estas revisten en la construcción del sentido global de *Una historia holandesa*. En la medida en que considero que en la versión de *El Neogranadino* se altera el sentido original de la versión francesa, en la tercera parte analizo lo que, desde mi punto

de vista, corresponde al sentido global propuesto por Mme. d'Arbouville y el que se construye para los neogranadinos de la época.

Para emprender el análisis de los cambios semánticos en la traducción de *Una historia*, he considerado necesario apoyarme en el concepto de *unidad formal* de Lotman³ y de *significado parcial* y *sentido global* de Mukařovský, quien afirma que “la obra de arte es un signo muy complejo: cada uno de sus componentes y de sus partes vehicula un significado parcial. Estos significados parciales vienen a componer el sentido global de la obra” (Mukařovský 2000: 308). En vista de que la traducción de la novela francesa no es completamente fiel a su versión original, estos presupuestos teóricos son de vital importancia. En suma, me valdré de estos conceptos para analizar, comprender y contrastar las diferencias semánticas entre los sentidos parciales y el sentido global de la versión francesa y la respectiva traducción de *Una historia holandesa*. Por otro lado, echaré mano del concepto de *horizonte de expectativas* (Jauss, 1986) para formular algunas hipótesis sobre la recepción de la traducción de esta novela hacia el medio siglo XIX colombiano. Finalmente, ayudándome de los presupuestos teóricos de la sociología de la literatura y la semiología, pretenderé explorar hasta qué punto la traducción de la obra de d'Arbouville tuvo implicaciones en las disputas ideológicas de la época.

³ Según Lotman, el objeto constitutivo de un todo, poseedor de un único significado (cosa=palabra), es considerado compuesto de unidades jerárquicamente más bajas (más elementales), que en su nivel poseen *sus propios* significados espaciales y al mismo tiempo entran en un nivel más alto como constituyentes de la totalidad de sentido de la cosa. (1996, 21).

1. *El Neogranadino* y la publicación de obras literarias

El contexto de traducción y publicación de *Una historia holandesa* fue un período impulsado por apasionados debates políticos, sociales y culturales en la República de la Nueva Granada. El campo de batalla apropiado para tal confrontación debía encontrarse en la esfera pública, espacio de los asuntos humanos en que el hombre expresa su individualidad. Hannah Arendt, en *La condición humana*, resalta la importancia de la esfera pública como punto de encuentro de los individuos; todas las acciones humanas están condicionadas por la vida conjunta de los hombres y éstas son inimaginables fuera del contexto social. Así, el accionar individual inherente al ser humano depende de la constante presencia de los demás (2006: 37-38). El espacio oportuno para el diálogo abierto entre los intelectuales de la Colombia del siglo XIX era propiciado por la prensa. Su papel central como terreno de discusión y debate en la república era así comprendido por los actores sociales de la época. El artículo “Libertad de imprenta”, escrito por Cerbeleón Pinzón, publicado en *El Neogranadino* el 8 de julio de 1852, en conformidad con la orientación ideológica del periódico, lo demuestra:

La libertad de discusion y de censura es al mismo tiempo una garantía de buen Gobierno i un derecho de los asociados. Las Repúblicas son unas grandes Asambleas: la sesion es permanente, todas las cuestiones están en discusion, i cada ciudadano tiene la palabra. La imprenta es la elevada tribuna colocada en medio de estas augustas Asambleas, en que se ostenta el pueblo con los atributos de su natural soberanía.

Mas, para que la garantía sea efectiva, i para que el derecho pueda ejercerse en toda su perfeccion, es necesario asegurar a los asociados la mas ámplia libertad para tomar parte en el gran debate de las cuestiones públicas, sea por medio de la palabra, de la pluma o de la prensa, sin quedar sujetos a especie alguna de responsabilidad por las ideas que manifiesten, ni por las opiniones que emitan. (*El Neogranadino* n° 205, 1852: 129)⁴

Este recurrir a la elevada tribuna dispuesta por la prensa como medio para propagar ideas o confrontarlas con otras es evidente en escritos como la serie de cartas sobre la *Cuestión española* de José María Vergara y Vergara, publicadas en *El Porvenir*, en un momento en que las reformas políticas liberales de la época desencadenaron en una confrontación ideológica entre los diferentes sectores de la sociedad neogranadina. En estas publicaciones, Vergara “busca romper los estigmas utilizados para referirse a los conquistadores y, por tanto, reivindicar la hispanidad” (Padilla, 2016:

⁴ En todas las citas he conservado la ortotipografía original.

44), haciendo pública su posición frente al “Debate de la hispanidad”⁵, mostrándose como “militante católico-político y [...] activista defensor de la hispanidad” (Padilla, 2008: 35).

Si bien la “libertad de discusión y opinión” es enunciada de manera neutral, los diferentes medios periodísticos de la época poseían puntos de vista diversos, al igual que posturas ideológicas y políticas diferentes, que hacían eco en el contenido publicado. Para comprender mejor el fenómeno periodístico y sus inclinaciones ideológicas, es necesario forjar una idea del panorama político neogranadino.

La reciente independencia de las nuevas naciones americanas condujo a una inevitable escisión social. De acuerdo con Manuel Ancízar, en la “Profesión de fe” del Número 1 de *El Neogranadino*, tras la proclamación de la independencia del país ibérico “la inesperta América española se halló dividida en dos bandos: el de los *insurjentes* y el de los *realistas*” (*El Neogranadino* n° 1, 1848: 1). Los *insurjentes* bullían con ideas nuevas y teorías desconocidas para sus compatriotas; “los *realistas* eran poseedores de ideas tradicionales injenuamente recibidas como verdades inconcusas [...] por consiguiente representaban un hecho social, i representaban i dirigían a las creencias mas firmes del pueblo entero” (1848: 2). Este apoyo de las masas hacia el bando realista, el poder “dirigir sus creencias”, probablemente fue posible gracias a la temprana identificación entre los intereses de la Iglesia y el futuro partido conservador⁶. No obstante, la confrontación entre los bandos herederos de la colonia se hacía necesaria para el progreso social, pues

sin la inspiracion de los *insurjentes* nada se habría innovado en América: sin la autoridad respetada por los *realistas* sobre el pueblo habría este resistido toda novedad. El un partido era necesaria i diametralmente opuesto al otro, i sinembargo, entrambos debían concurrir a un mismo fin benéfico, la libertad de estos pueblos”. (*El Neogranadino* n° 1, 1848: 2)

Posteriormente, en 1852, año de aparición de la traducción de *Una historia holandesa* en la República de la Nueva Granada, los recién creados partidos políticos tradicionales colombianos, Liberal y Conservador, comenzaban a definir sus posturas ideológico-políticas; los primeros

⁵ Iván Padilla Chasing entiende por “Debate de la Hispanidad” la confrontación ideológica que viven los recién formados partidos políticos alrededor de la herencia hispánica o “cuestión española” en la cultura y en el pensamiento de los neogranadinos de la época hacia el medio siglo XIX. A partir del análisis de la *Historia de la literatura en Nueva Granada* (1867), se hace particular énfasis en el asunto de la religión, las costumbres y la lengua. Ver *El debate de la hispanidad*.

⁶ Aunque se afirme que la posición de los partidos Liberal y Conservador respecto a la Iglesia y la religión católica comenzó a gestarse a mediados del siglo XIX, para Cortés esta diferencia ya es clara a principios de 1840, cuando “un ‘protoconservadurismo’ asumió como propia la defensa de la Iglesia y la religión, con la Constitución Política de 1843” respecto a “los planes educativos y el retorno de la Compañía de Jesús al país” (2016: 132).

siguieron los pasos de los *insurgentes*, mientras que los segundos encarnaron a los *realistas*. Del mismo modo, los nacientes medios de comunicación impresos tomaron posturas ideológicas y políticas, afines a uno u otro partido. Este panorama político cobra importancia en el contexto de publicación de *Una historia holandesa*, traducida y publicada en *El Neogranadino*, periódico en el que se agruparon los llamados liberales radicales⁷.

Como buena parte de la difusión de obras literarias a mediados del siglo XIX hispanoamericano se hallaba en manos de la prensa⁸, la postura ideológica, cultural, religiosa y política de los periódicos tenía un valor significativo. En consecuencia, entender apropiadamente por qué una novela atravesada por la ideología cristiano-católica, como *Una historia holandesa*, es publicada en un periódico como *El Neogranadino*, conlleva la identificación de dos características fundamentales del semanario, a saber: su postura ideológica, por una parte, y el perfil literario de las obras publicadas en consonancia con tal ideología, por la otra.

El Neogranadino inicia su labor periodística el 4 de agosto de 1848. El primer artículo publicado en el semanario se intitula “Profesión de fe” y aparece en la sección de “Política jeneral”. Llama la atención que un artículo del que se espera dé a conocer los lineamientos ideológicos generales que regirán las posteriores publicaciones del periódico sea el único protagonista de dicha sección. Este hecho demuestra y acepta tácitamente un valor fundamental: el papel de la prensa en la República de la Nueva Granada es primordialmente político. Dicho esto, no resulta gratuito que las primeras tres cuartas partes del texto recaigan sobre un análisis histórico del fenómeno político de las “Américas españolas”, desde la independencia al presente de la publicación. Una vez puestos en el panorama político los nuevos partidos de la República, *Progresistas*⁹ y *Conservadores*, se define el papel de la prensa en el medio actual:

⁷ En el presente análisis el mote “liberal radical” o “radical” se referirá a una de las facciones liberales de la primera mitad del siglo XIX neogranadino, conocida como “los gólgotas”. De acuerdo con Bushnell (1996), los reformadores radicales estaban “ansiosos de eliminar de una vez por todas las restricciones de tipo gubernamental y corporativo que limitaba la libertad individual. Su talante era doctrinario y a menudo despreciaba tanto las costumbres heredadas como las dificultades prácticas; estos liberales fueron denominados “gólgotas”, por la apasionada evocación oratoria que uno de ellos hiciera de Jesucristo, Mártir del Gólgota. Inicialmente, el mote se usó de manera satírica, pero en realidad **cobijaba al grupo dominante dentro del liberalismo** e involucraba a altos funcionarios del gobierno, destacados publicistas y muchos miembros del congreso. Sus portavoces típicos eran civiles de buena educación y de nivel social más elevado que la mayoría de sus oponentes dentro del mismo partido (161-162). El énfasis es mío).

⁸ Numerosas obras literarias fueron publicadas ya sea en la sección del “folletín” o a manera de columna completa en distintos periódicos. Igualmente, existían suplementos dedicados a la publicación y difusión de obras literarias, esencialmente del género novelesco.

⁹ El Partido Liberal colombiano en principio fue llamado Partido Progresista. El 16 de julio de 1848, en el periódico bogotano *El Aviso*, N° 26, apareció un artículo de Ezequiel Rojas, llamado “La Razón de mi Voto”, en el cual el intelectual boyacense explicaba por qué él y sus seguidores votarían por el General José Hilario López en la elección

Estas repúblicas no tienen otra fuente de vida que el progreso: ellas deben realizar brevemente todos los principios de libertad sobre los hombres i sobre las cosas, so pena de quedar rezagadas en la rápida carrera de civilización que lleva el mundo. [...] **Parécenos que uno de los mejores auxiliares de esta gran causa de libertad es la prensa periódica**; pero dirigida por la buena fe, pero movida por un sano espíritu democrático, pero cordialmente americana, pero leal, inteligente, sin desmayos ni desesperanzas; no la prensa lugareña con sus pequeñeces, sus *pasioncillas*, sus frases y calificaciones de arrabal, su estatura tan alta no mas como para que se la note al nivel del lodo de nuestras miserias; prensa sin alma, sin misión, sin porvenir. (*El Neogranadino* n° 1, 4 de agosto de 1848: 2. Las neग्रillas son mías)

En este fragmento, el periódico expresa una visión moderna del mundo que tiene como principios el progreso socioeconómico y las libertades individuales. Esta forma de pensar es fácilmente rastreable en los movimientos liberales europeos. Dada la equivalencia mencionada entre el extinto bando *realista* y el partido Conservador, éste es fácilmente identificado como el lastre que pretende mantener un *statu quo* y como el obstáculo que entorpece el desarrollo nacional. Así, los ideales modernos de libertad y progreso son atribuidos al partido Progresista y, por lo tanto, el papel “auxiliar” de la prensa periódica en la “gran causa de [la] libertad”, no es más que la confirmación de una tendencia política pronunciada hacia la corriente liberal neogranadina. Tal orientación política es confirmada hacia el final de la “Profesión de fe”, cuando *El Neogranadino* sienta las bases de su proceder intelectual como empresa periodística: “[e]lejió el oficio lo tomamos con todas sus consecuencias presentes i futuras. Seremos granadinos ante todo, americanos siempre, sinceramente demócratas, **i enemigos jurados de todo retroceso** i de cuanto estorbe la libre acción de los principios sociales aceptados” (3. El énfasis es mío). Al declararse “enemigos jurados” de todo aquello relativo al retroceso, *El Neogranadino* impone una brecha entre su ideología y la del partido Conservador, cuyo interés principal recaía en la conservación del espíritu y de las tradiciones hispánicas, en particular de las prácticas religiosas como sinónimo de la cultura neogranadina.

Sin embargo, la toma de posición latente en el subtexto del artículo contrasta con la autoproclamada “neutralidad” con que finaliza: “[p]uesto que admitimos la utilidad de los dos partidos PROGRESISTA i CONSERVADOR en cuanto son verdaderos elementos de civilización, no condenando sino sus extravíos i exajeraciones, nuestro propósito es mantenernos en una posición imparcial” (3). Sin embargo, los continuos debates que el periódico sostiene con otros de

presidencial de 1849. En este artículo, Rojas expresaba qué quería el Liberalismo y fijaba una serie de principios que aún hoy están vigentes (información recuperada de sitio web del Partido Liberal colombiano). Fue él quien llamó Liberal, por primera vez, al Partido Progresista neogranadino.

diferentes tendencias políticas confirman su afinidad con el liberalismo. El recorrido histórico del artículo sobre la vida política hispanoamericana, y notoriamente la neogranadina, tiene como fin reconocer la necesaria existencia y oposición de entrambos partidos, mas condenando, en su labor periodística, los respectivos desvíos de las corrientes políticas frente a la construcción de una nación libre y moderna. Pese a todo esfuerzo por mostrarse al público como un movimiento periodístico neutral, la filiación política liberal de *El Neogranadino* sale a flote en cada una de sus publicaciones y en los nombres de sus colaboradores progresistas, como Manuel Murillo Toro, Manuel María Madieto y el mismo Manuel Ancizar.

Tras la previa identificación de la postura ideológica del periódico se hace indispensable analizar las publicaciones literarias llevadas a término por *El Neogranadino*. Dentro de las obras difundidas por el semanario, antes de la aparición de *Una historia holandesa* en 1852, cuentan las traducciones de *Matilde o las memorias de una joven* (1849) y *Los hijos del amor* (1850) de Eugène Sue; *Rienzi o el último tribuno* (1849) de George Bulwer Lytton; *Las predicciones* (1849), *El collar de la reina* (1850) y *Las dos Dianas* (1851) de Alexandre Dumas padre. La publicación de la producción literaria de estos autores no es un hecho fortuito. Por ejemplo, Sue y Dumas cuentan entre los pensadores liberales europeos, como Lamartine o Víctor Hugo, que sirvieron de modelo ideológico para los liberales colombianos (Williams, 1992: 28). De manera global, las obras que antecedieron a la novela de Madame d'Arbouville poseen características comunes entre sí, como la apropiación de una estética romántica, el uso de personajes esquemáticos y una narración ceñida a hechos históricos, que frecuentemente inciden en el desarrollo de la trama novelesca. A pesar de que las obras traducidas no poseen un perfil ideológico común a todas, se relacionan de algún modo con los intereses político-ideológicos de *El Neogranadino*. En consecuencia, no es extraño encontrar, por ejemplo, en las obras traducidas de Eugène Sue, una marcada preocupación y crítica por las cuestiones sociales de la época del autor, quien se convierte al socialismo entre 1842 y 1843. Por otro lado, llama la atención cómo las obras de Alexandre Dumas evidencian las transformaciones históricas que dan paso a la modernidad luego del resquebrajamiento de la “totalidad” (Lukács, 1985: 364) del mundo, que representa la inadecuación entre los mundos interno y externo del personaje, en *El vizconde de Bragelonne* (1852), donde los mosqueteros, protagonistas de sus más famosas obras, se ven alcanzados por el tiempo, envejecen y atestiguan el desplome de la atmósfera social que les permitía existir.

Aunque cada una de las obras citadas abarca problemáticas diferentes entre sí, un tema de fondo es transversal a ellas: la cuestión religiosa. Pese a la aparente futilidad de la temática religiosa, para los actores sociales de la República de la Nueva Granada la religión cristiana debía desempeñar un papel fundamental como sistema de valores organizativo de la estructura social. Del mismo modo, ésta constituía el principal desacuerdo entre los partidos Conservador y Liberal, y significó, más que un asunto de los partidos en contienda, “un problema de conciencia desde la instauración de la reforma liberal de José Hilario López, Manuel Murillo Toro y Ezequiel Rojas (1849-1853)” (Padilla, 2016: 126). Al respecto, Germán Colmenares afirma que las reformas promovidas por las clases burócratas entre 1848 y 1849, agudizaron la disputa entre los sectores sociales neogranadinos, puesto que éstas, consideradas como radicales, afectaban directamente al pilar organizativo de la sociedad: la religión católica, junto a sus principios y valores (2008: 21). Así pues, la disputa ideológica entre los partidos se intensificó en torno a dos problemas fundamentales: las funciones que asumiría la Iglesia en la nueva república y la herencia cultural española. Aunque presentadas por aparte, tales problemáticas eran carne de un mismo cuerpo ante los ojos de los conservadores neogranadinos, pues cultura española y religión católica se encontraban íntimamente ligadas, hasta el punto de ser inseparables.

A partir de tal equivalencia, la religión cristiano-católica personificó la punta de lanza utilizada por el partido Conservador en la arremetida contra el partido Liberal. Este fenómeno se evidencia en artículos como “El partido conservador y su nombre” de José Eusebio Caro, cofundador del partido Conservador, quien aseguraba que “el sentimiento religioso era la garantía de una futura desaparición del **partido rojo, pues el día en que se operara una general conversión al cristianismo, este partido no tendría razón de ser**” (*La Civilización*, n° 17, 1850. El énfasis es mío). Dicho lo cual, puede inferirse un presupuesto: en el sentir general de la sociedad neogranadina el partido Liberal es ateo. La apropiación del sentimiento religioso por parte del partido Conservador y las reformas liberales en pos de la edificación de un Estado moderno separado de la institución eclesiástica, desestimaron históricamente cualquier vínculo entre el partido Liberal y la Iglesia. En consecuencia, resultaría contradictorio que un diario de corte radical como *El Neogranadino*, cuna de pensadores liberales como Manuel Murillo Toro, Florentino González o el primer José María Samper y defensor acérrimo del proceso de secularización de las instituciones estatales, publicara novelas como las anteriormente mencionadas.

A primera vista, la traducción y publicación de dichas obras encarnaría una contradicción de fondo entre los ideales partidarios del periódico y su contenido literario. Por una parte, los argumentos de las obras se hallan empapados por la ideología cristiana y parecen erguirse en defensa de sus principios y valores; por la otra, el perfil ideológico del periódico promueve una sociedad laica cimentada en los ideales modernos de nación. Sin embargo, tomar esta contradicción como irreconciliable significaría permanecer en la superficie del problema. Sin duda alguna nos encontramos frente a una incongruencia que Colmenares identificó como “la ambigüedad de conciencia” (Colmenares, 2008: 64), que afectó a la “generación radical” nacida entre 1825 y 1830. *Grosso modo*, la ambigüedad radical denota un conflicto interno de cara a la transición del sujeto colonial imbuido de los valores hidalgos hacia el ideal del sujeto moderno.

Frente a la encrucijada de la cuestión religiosa su espíritu se divide para afrontarla de dos maneras. Por un lado, el hombre radical emprende una actitud racionalista contra la Iglesia, que se traduce en una postura hostil hacia ella (65); por el otro, su formación en el seno de una sociedad devota aparece como la nostalgia ante los principios que se abandonan, relacionados con el sentir religioso y las leyes de honor dictadas por las costumbres. Así pues, el combate interno del hombre radical no es otro que la pugna entre las exigencias positivas de la civilización que se quiere construir y la nostalgia sentimental de los consuelos ofrecidos por el sentimiento religioso cristiano; pugna que coexiste y se yuxtapone. De acuerdo con Colmenares, la tensión producida por tal ambigüedad encontraba una válvula de escape en la literatura de tópico romántico, pues ésta representaba la conciencia moral cristiana que se pretendía abandonar, aunque bajo el disfraz del sentimentalismo (65).

Uno de los ejemplos más claros de esta ambigüedad en el espíritu de los liberales radicales es encarnado por José María Samper, quien públicamente promovía el matrimonio civil, pero en su vida privada se negaba a contraerlo, pues las “leyes de honor **sancionadas por las costumbres** tienen más fuerza obligatoria que todas las leyes civiles” (65. El énfasis es mío). Esta aparente contradicción da cuenta de una aceptación implícita de las directrices religiosas a pesar de una voluntad moderna expresada en la ley. De igual manera ocurría con las publicaciones literarias de *El Neogranadino*. Más que una contradicción, estas obras empapadas por la ideología cristiana significaban la aceptación de un valor trascendental para el contexto neogranadino: la importancia de los valores cristianos como fundamento de la organización moral de la sociedad.

A pesar de la aceptación, por parte de la tendencia liberal radical, de los valores cristianos como base de la moral social, el punto disyuntivo permanente entre las creencias liberales y conservadoras recae sobre la perspectiva desde la cual se adopta la religión cristiana: ya sea el protestantismo, ya sea el catolicismo. En el citado artículo “Profesión de fe” de *El Neogranadino*, la revolución religiosa de Martín Lutero es tomada como ejemplo para la revolución política. Así como en Europa la revolución luterana difundió ideas de libertad y “rompió el talismán de la **divinidad del derecho de reinar**” (*El Neogranadino* n° 1, 1848: 1. El énfasis es mío), se esperaba que en la República de la Nueva Granada la tradición monárquica de gobierno y castas, heredada de la colonia, fuera abolida y reemplazada por el ejercicio libre de la democracia. Empero, a los ojos del partido Conservador, la corriente protestante del cristianismo, representada aquí por Martín Lutero, significaba un rechazo a los valores cristianos y la antesala del ateísmo social. Así lo manifiesta el artículo titulado “Sobre la influencia de la Religion en el órden y en la moral” publicado en *El Nacional* el 21 de octubre de 1848:

Los ateos que, entre los pueblos católicos finjen tener fé en Dios, hacen elojios del protestantismo y deprimen el catolicismo; pero esto no es porque les guste aquel, sino porque la relijion católica es mas austera, y ellos no pueden lanzar a los pueblos desde el catolicismo al ateismo: tienen que hacerlos primero indiferentes y para esto es preciso hacerles dar un primer paso a la degeneracion del protestantismo, el cual hace á los hombres indiferentes en materia de relijion” (*El Nacional* n° 21, 1848: 1-2).

Si asumimos que el partido Liberal tiene una ideología cristiana protestante, como indica el sector conservador, se justifican publicaciones como *La cabaña del tío Tom*, escrita por una pastora protestante y filántropa. Sin embargo, ¿por qué se decide publicar una obra como *Una historia holandesa* cuyo interés principal parece ser exaltar el sentimiento cristiano católico? La respuesta a este interrogante puede hallarse en la máxima expresada por *El Neogranadino* como conclusión a su profesión de fe: “RESPETAR LA LIBERTAD DE CADA CUAL EN EL PENSAR, EL SENTIR I EL OBRAR COMO SU RAZON DICTE” (*El Neogranadino* n° 1, 1848: 3).

Esta línea de pensamiento, el dejar obrar a cada cual como su razón dicte, puede rastrearse en obras contemporáneas al periódico, como *La democracia en América* de Tocqueville. Uno de los factores observados por el francés sobre el prolijo ejercicio de la democracia en la América anglosajona es el papel de la religión en cuestiones políticas. Si bien la religión cristiana estuvo presente desde la fundación de los Estados Unidos, la institución clerical se mantuvo al margen de los asuntos del Estado. En consecuencia, de acuerdo con la investigación realizada por

Tocqueville, fieles cristianos -protestantes o católicos- e incluso ciudadanos laicos convenían que el pacífico imperio de la religión en el territorio angloamericano se debía a la total separación entre la Iglesia y el Estado (Tocqueville 1995, 279). De igual manera, era de común acuerdo localizar los fundamentos del comportamiento moral en los principios cristianos:

En los Estados Unidos hay una innumerable cantidad de sectas. Todas difieren en el culto que hay que rendir al Creador, pero se entienden respecto a los deberes de los hombres entre sí. Cada secta adora a Dios a su manera, pero todas las sectas predicán la misma moral en nombre de Dios. [...] Por otro lado, todas las sectas de los Estados Unidos convergen en la gran unidad cristiana, y la moral del cristianismo es en todas partes la misma (Tocqueville, 1995: 274-275).

A diferencia de lo que pasaba en los Estados Unidos, donde primaba la práctica de la moral cristiana sobre la secta profesada, el partido Conservador de la República de la Nueva Granada consideraba la fe cristiano-católica como la única manera posible de adoptar y profesar los mandatos divinos. Contrariamente, la adopción de un sistema de pensamiento fundamentado en el principio de la libertad en el actuar conllevó a que *El Neogranadino*, en su ideología, respetara la pluralidad en cuanto a las formas de ejercer la religión cristiana, siempre y cuando se mantuvieran los principios sociales y morales tradicionales establecidos. Esta tolerancia hacia la pluralidad religiosa y la libertad de conciencia tenía como objetivo atraer europeos en pos del progreso nacional (González, 1997: 134). Más que un confeso ateísmo, como se asegura en *El Nacional*, el partido liberal neogranadino pretendía separar a la institución clerical de los asuntos del Estado, pero con la plena conciencia de su importancia en el orden civil. Más aún, si bien el laicismo liberal fue “esencialmente anticlerical”, éste no era “ateo” y “sin embargo, los católicos neogranadinos lo percibieron así y entendieron las tendencias liberales como un ataque contra la religión católica y como un llamado a la emancipación religiosa” (Padilla, 2008: 95). Para el sector liberal neogranadino la religión se encontraba en la base de la sociedad pues, como afirma Manuel Ancízar en su *Peregrinación de Alpha*, “la religión es un elemento de vida indispensable para las naciones” (1984: 121). En este sentido, y de acuerdo con Cortés, las reformas liberales decimonónicas no pueden entenderse como una persecución estatal hacia la Iglesia, sino como

el resultado del enfrentamiento entre el ideal de un Estado que quería ser moderno y el mundo tradicional, en el que la Iglesia tenía un papel fundamental en el control sociopolítico y económico. Así, estas dinámicas no obedecen a las oposiciones entre clerical-anticlerical o creyente-ateo, como lo ha mostrado la historiografía del siglo XIX, sino que son respuestas específicas a temas puntuales. De esta forma los liberales no fueron antirreligiosos o ateos. A lo sumo, fueron anticlericales y antirromanistas, por sus propias consideraciones sobre cómo debía ser la Iglesia. (Cortés, 2016: 14)

Si bien el sector liberal radical reconoce la necesidad de los principios religiosos en la formación y ordenamiento moral de las naciones, no es deseable que una institución que obedece los lineamientos del Vaticano, mientras desobedece las leyes de la constitución, ocupe un lugar en la administración del poder republicano. Por lo dicho, la publicación y promoción de obras literarias con un alto contenido religioso cristiano, sea católico o protestante, es probablemente una acción intencional y deliberada por parte de los editores de *El Neogranadino*, con el fin de insistir en que ni el partido Liberal ni el periódico promueven el ateísmo. Por el contrario, la publicación de obras literarias de alto contenido cristiano invita al eventual lector a una actitud más moderna, en particular, la de la práctica de la libertad de conciencia y de culto, invita a entender la religión como algo íntimo y personal.

Por otro lado, la “libertad en el ejercicio de la moral cristiana”, sin importar la secta profesada, parece apuntar hacia el campo de las libertades individuales del hombre, en relación con la sociedad neogranadina. De las obras traducidas y publicadas por *El Neogranadino*, sobresale en este aspecto *La cabaña del tío Tom* (1852) de Harriet Beecher Stowe, publicada en el suplemento de la “Semana Literaria” el mismo día en que la última entrega de *Una historia holandesa* sale a la luz en el semanario neogranadino. En su obra, Stowe hace uso de los valores morales cristianos para sentar una posición respecto a la problemática social de la esclavitud, en el contexto estadounidense, vista como una práctica inmoral que atenta contra el sentimiento cristiano de amor fraternal. *La cabaña del tío Tom* conjuga los intereses del partido Liberal radical al trasladar el valor de la religión cristiana como base moral del orden social hacia el valor ineludible de la libertad individual, entendida como el reconocimiento del sujeto digno y singular frente a la sociedad vista como un todo. Estos intereses liberales se demuestran en el discurso de José María Samper, publicado el 28 de julio de 1849 en *El Neogranadino*, proclamado en el acto de manumisión de 44 esclavos:

acabais de recibir sobre vuestra cabeza el gorro de la liberta, acabais de respirar el aliento de los hombres libres -de salir de la atmósfera letal de la esclavitud [...]. Habeis adquirido el derecho de pensar, de hablar i de escribir libremente, el derecho de hacer todo lo que os convenga, siempre que respeteis la moral, la lei i los derechos de vuestro conciudadanos [...]. Os habeis elevado al rango de ciudadanos i hombres libres, i por lo tanto, sois iguales, perfectamente iguales a los demas hombres ante la sociedad i ante la lei [...]. Sí, dejad que os abrace -¿i por qué no?- ¿No somos iguales?- Antes erais iguales a mí ante Dios i la naturaleza; ahora lo sois ante la sociedad i ante la lei” (1849: 269).

En este orden de ideas, la publicación de *La cabaña del tío Tom* en *El Neogranadino* no representa un hecho fortuito puesto que, apoyada en los valores cristianos, participa en el debate

que gira en torno a la abolición de la esclavitud en la sociedad neogranadina. Si se considera a los periódicos como textos que “tienen una unidad diferente pero comparable a la de los libros”¹⁰ (Latham & Scholes, 2006: 517) y por lo tanto sus partes poseen una relación orgánica, la publicación de diferentes obras literarias en compañía de las demás secciones del semanario podrían tener una finalidad pragmática que apunta, en el caso de *El Neogranadino*, a la búsqueda de una opinión afín al proyecto modernizador liberal.

Pese a la precariedad de la prensa en la Colombia del siglo XIX, ésta se yergue como uno de los pilares organizativos de las estructuras ideológicas de los intereses de los partidos de la época y como su principal portavoz. A su vez, tenía como objetivo “conquistar, en alguna medida, la voluntad política pública, conseguir adeptos, lectores, difusores y, al menos, efímeros defensores de los ideales propuestos” (Loaiza, 2004: 157) por el partido político del que fuera el principal abanderado. De esta manera, las publicaciones periódicas se configuran como una herramienta que permite unificar intereses en pos de un proyecto de unión e identidad nacional. Este papel es expuesto ante los ojos de los neogranadinos por Manuel Ancízar en el artículo titulado “Alianza de periódicos”:

Uno de los beneficios inapreciables de la libertad de imprenta es su tendencia irresistible a UNIR a los hombres i a los pueblos haciéndolos hermanos en pensamientos, hermanos en la profesion de las verdades morales i políticas, hermanos tambien por la comunidad en el padecer i en el esperar (*El Neogranadino* n° 6, 1848: 41)

Desde mi perspectiva, en línea con el pensamiento de Latham & Scholes (2006), al entender y leer la prensa periódica como una “unidad” (517) discursiva, Loaiza Cano evidencia que las publicaciones de *El Neogranadino*, visto como un todo orgánico constituido por segmentos significativos en constante interacción, tenían una finalidad política y cultural ya que

desde las traducciones de los *Sofismas económicos* de Bastiat hasta la publicación por entregas de las novelas de Sue y Dumas, todo aquello obedecía al deseo, muy acendrado entre los intelectuales liberales de mitad de siglo, de crear un nuevo orden social. (Loaiza, 2004: 169)

De allí que las publicaciones literarias de *El Neogranadino* no sean producto del azar, sino de una acción meditada por los editores y, por lo tanto, adquieran un valor pragmático en el que, si bien no se menosprecia su valor estético, se les otorga una función dentro de la estructura del periódico y en relación con el público lector. Así, con el fin de “expandir un ideario acorde con el proyecto liberal a través de algunas obras literarias”, *El Neogranadino* “recurrió a la táctica del

¹⁰ La traducción es mía.

folletín, ofreciendo novelas por entregas junto con descuentos especiales para los suscriptores” (174).

Ahora bien, en un país en formación cuya disposición geográfica promueve la pluralidad en función de la incomunicación entre sus regiones, ¿qué otro aspecto cultural sino la religión podría ser la fuente de un proyecto de unidad nacional? En este orden de ideas, *El Neogranadino* pudo haberse valido de la cuestión religiosa, foco de los debates del siglo XIX colombiano y común a las obras literarias traducidas y publicadas, para buscar la aceptación del programa liberal entre la opinión pública y como un postulado de cohesión. De manera tácita, como se dijo anteriormente, el semanario parece abogar por la pluralidad religiosa, siempre y cuando permanezca como base de la institución social y actúe como principio de cohesión social e ideológica.

El paso de la libertad de culto hacia la igualdad entre los hombres, soportada por los valores cristianos, podría desplazar el eje central de la discusión hacia la importancia de las libertades individuales que a veces pueden verse constreñidas por las prácticas mecánicas del catolicismo. Tal es el caso de *Las dos Dianas* y, probablemente, de *Una historia holandesa*, obras traducidas por *El Neogranadino*, donde las prácticas católicas “que disciplinan al hombre en costumbres y moralidad” (González, 1997: 147) establecerían una barrera que obstaculiza el libre desarrollo de las libertades individuales.

2. Omisiones y adiciones en la traducción de *Una historia holandesa*: aproximación a algunas alteraciones del sentido

De acuerdo con el editor de las *Obras completas* de Mme. d'Arbouville (1876), *Una historia holandesa*¹¹ apareció en un compilado de sus obras narrativas en la Francia de 1841 y se distribuyó exclusivamente entre los padres y algunos amigos cercanos de la autora. Más tarde, un segundo tiraje de las novelas fue publicado por la imprenta real, a petición de la reina María Amelia, para recaudar fondos y ayudar a los guadalupeños, afectados por el temblor de 1843. De acuerdo con el editor, las obras de Mme. d'Arbouville no habían sido concebidas para una amplia difusión y, por lo tanto, no salieron de las manos de un muy restringido número de *amateurs* de buena literatura (1876: 1-2). Estos sucesos parecen relegar tanto a la obra como a su autora a un segundo nivel en el panorama literario francés. La pregunta inicial en este escrito es precisamente ¿por qué los editores de *El Neogranadino* decidieron traducir y publicar una obra poco conocida?¹² ¿Cómo llega *Una historia holandesa* a su conocimiento? Como primera hipótesis, podríamos decir que su contenido moralizante la hacía apta para un país en formación cuyas creencias religiosas se habían convertido en objeto de debates de los partidos políticos en contienda. En este sentido, considerando que los conservadores trataban a los liberales de ateos, su publicación en un periódico de tendencia laica, en el que se defendía el pluralismo religioso, desvirtuaba tal acusación. En pleno debate de la cuestión religiosa, como veremos más adelante, *Una historia holandesa* puede ser leída como una reacción del liberalismo radical ante las acusaciones de los conservadores y como una afirmación de su religiosidad.

Toda traducción implica una serie de problemas que deben ser tenidos en cuenta al momento de analizar una obra vertida de una lengua en otra. Entre ellos, uno de los más

¹¹ De acuerdo con el catálogo de autores *Les supercheries littéraires dévoilées : galerie des auteurs...* (1853), las fechas de publicación originales de las obras de Sophie d'Arbouville son: 1° *Marie Madeleine; Une vie heureuse y Résignation* (1843. París: Imprimerie Royale), en un solo volumen que tuvo un tiraje de 100 ejemplares por orden de la reina Amelia. 2° *Le médecin de Village y Une Histoire hollandaise* (1847. París: Imprimerie de Crapelet), en un único volumen (262). Aunque la publicación original de *Una historia holandesa* se da en 1847, la única versión francesa disponible en Colombia es de 1889. En consecuencia, tuve que recurrir a los medios digitales para llevar a cabo el presente estudio. De esta manera, a través de Gallica, logré obtener dos versiones de la obra: la primera publicada en 1850, año en que fallece la autora, y la segunda en 1876. Pese a que la lectura simultánea de estas versiones no reviste cambios entre una y otra, el presente análisis se apoyará en la versión de 1876, sin mayor motivo que la pertinencia de la introducción propuesta por el editor y la calidad del documento, que facilita su lectura.

¹² A pesar de ser una hipótesis arriesgada, sostengo que la traducción se realiza en la República de la Nueva Granada y por *El Neogranadino*, ya que éste tenía el hábito de citar la fuente de los artículos provenientes de otros diarios. Más aún, en el caso de *Una historia holandesa* se insertan únicamente las iniciales del traductor al comienzo de la primera entrega de la novela, lo que indicaría un aparente nexo entre los editores y el traductor.

importantes es la traslación y preservación del sentido de la lengua de partida a la lengua meta, sobre la literalidad. Al respecto, Juan Luis Vives advierte que “[l]as figuras y los esquemas de una lengua no deben expresarse en otra y, mucho menos, lo que es privativo del idioma” y, por lo tanto, no considera un acierto “admitir un barbarismo o un solecismo, por el pueril afán de reproducir el sentido del original” (1996: 66). El problema de la traducción de un objeto estético es tal, que en el caso de la poesía ésta podría considerarse intraducible puesto que ella es “una entidad concreta, individualísima” que “está realizada en sus puros contornos de un modo definitivo, intransferiblemente” (Ayala 1996: 489), por lo que su traducción solamente supondría la creación de una obra estéticamente independiente de la original, a pesar de sus similitudes temáticas y formales.

En el marco de las traducciones narrativas ocurre un fenómeno similar. Por más que la traducción de *Una historia holandesa* implique dos lenguas romances, históricamente relacionadas entre sí, la intraducibilidad literal siempre estará a la vuelta de la esquina, implicando la reescritura y reinterpretación de algunos términos y frases. En este orden de ideas, “las interpretaciones no solamente convienen, sino que son de primera necesidad” y se debería ser indulgente “con el traductor que omita lo que no interesa al sentido o añada lo que puede esclarecerle” (Vives, 1999: 66). En consecuencia, la necesidad de preservación del sentido original permite al traductor ciertas libertades en el desarrollo de la traducción. En la opinión de Diderot, una buena traducción siempre encuentra el punto medio

entre la licencia del comentario y la servidumbre de la letra. Una sumisión demasiado escrupulosa a la letra destruye el espíritu, y el espíritu es el que da la vida: demasiada libertad destruye los rasgos característicos del original, es su copia infiel. (1996: 109)

En esta perspectiva, las transformaciones en el proceso de traducción son una práctica corriente, toda vez que se busque la preservación del sentido y se tenga medida. Sin embargo, al contrastar la versión francesa y la castellana de *Una historia holandesa*, las libertades tomadas por el traductor, en cuanto a las modificaciones aportadas al texto final, podrían ser excesivas y plantear nuevos desafíos para el análisis de la traducción de la obra. Antes de seguir adelante, considero pertinente esbozar el panorama de las traducciones en la República de la Nueva Granada de mediados del siglo XIX. Esto, con el fin de comprender más a fondo y en su contexto el fenómeno de la traducción neogranadina, por una parte, y de ubicar tanto al lector como al presente análisis en el marco de la tradición que lo ha estudiado, por la otra.

Beatriz Aguirre, investigadora en el área, advierte en su artículo sobre el rol de Soledad Acosta en la traducción colombiana del siglo XIX que

Durante el siglo XIX la traducción no tenía los mismos ‘protocolos’ de hoy, sobre todo si se piensa dónde eran publicadas las obras, el público al que se dirigían y a través de cuáles medios. Muchas de las obras revisadas son versiones, adaptaciones o resúmenes de las obras originales, por motivos de economía de espacio, políticos o estéticos. No por ello dejaban de ser traducciones aunque se apartaran del mandamiento que parece dominar en la actualidad: la ‘fidelidad de sentido’ al original. (2004: 242)

Si bien es cierto que las versiones, adaptaciones o resúmenes respondían a necesidades formales o ideológicas de los medios de publicación, esta afirmación parece establecer como regla general la alteración del sentido en las traducciones publicadas en la República de la Nueva Granada. No obstante, el análisis emprendido por Aguirre daría cuenta de cierta preocupación de los traductores por su conservación. Por ejemplo, en las traducciones hechas por Joaquín Acosta, “sus comentarios **son un paratexto** de los que se vale para mostrar sus propios conocimientos” (240, el énfasis mío), y al ser presentados al margen del texto no inciden en su sentido. Más aún, pese a las mutilaciones y grandes resúmenes operados por Soledad Acosta sobre la traducción de *Le travail des femmes au XIXème siècle* debido a su extensión y a la carencia de espacio en el medio de publicación, ésta “presenta transposiciones de diferente naturaleza y su finalidad es dar prioridad a la función **semántica y pragmática del texto en español**” (253, el énfasis es mío), por lo que su sentido primario es conservado. Un aspecto importante que vale la pena señalar sobre el artículo de Aguirre es que las traducciones analizadas no pertenecen al campo literario -a pesar del comentario sobre el uso de la traducción de poesía como “medio para el desarrollo de formas poéticas” (236)-. Así, el texto de Joaquín Acosta manejaba un “discurso científico” (238), mientras que Soledad Acosta “sólo estaba siendo mediadora de textos dirigidos a mujeres [...] cuyo contenido era **esencialmente educativo y moral**” (245, el énfasis es mío). Como puede apreciarse, las traducciones analizadas tenían una posible finalidad pragmática. Este rasgo supone una primera diferencia de cara a la traducción de *Una historia holandesa* y propone algunos interrogantes para el presente estudio: ¿tiene la literatura una función pragmática? ¿qué trato le daban los traductores de la época a las obras literarias traducidas? ¿carecía de significado la preservación de su sentido?

De acuerdo con Aguirre, para la época, los habitantes de las emergentes naciones suramericanas “consiguieron un grado tal de conciencia de su autodefinición como ciudadanos [...] que hallaron criterios para asumir posiciones ante lo que les llegaba de Europa” (237). Bajo esta directriz, probablemente, se decidió una parte de los cambios aplicados sobre la traducción de

la novela de d'Arbouville. Si bien el valor pragmático del fenómeno literario sería nulo, en principio, los intelectuales de la República de la Nueva Granada pudieron tener una concepción diferente de éste, como se enunció en el capítulo precedente, y adjudicarle uno en pos del ideario político liberal.

Dicho esto, de cara a la traducción de *Una historia holandesa*, no nos encontramos exclusivamente con transformaciones en función de la conservación del sentido, sino con modificaciones sustanciales encaminadas, seguramente, a la difusión de una ideología partidista que, en última instancia, podrían alterar el *sentido global* de la “obra-signo” (Mukařovský 2000: 91), de lo que busca comunicar. Para comprender en detalle el alcance de las alteraciones en la traducción de *Una historia holandesa*, es necesario entender que toda estructura artística “funciona como significado de la obra, e incluso como su significado comunicativo. El asunto o tema de la obra desempeña simplemente el papel de un eje de cristalización, sin el cual el significado permanecería vago” (92). Por lo tanto, es de suponer que las modificaciones operadas por el traductor a nivel estructural desembocarían en una transformación del significado de la obra, comprendida como un todo. Con el fin de contextualizar al lector y esbozar un sentido global de la versión francesa, expondré a continuación una síntesis de los eventos principales de la novela.

A pesar de que la acción de *Una historia holandesa* se desarrolla entre Holanda y Bélgica, España es constantemente evocada como un destino casi idealizado, en lo que respecta al carácter de sus gentes y a sus condiciones climáticas, hecho que establece un primer contraste geográfico entre el norte y el sur europeos. La novela relata la “devota” entrega de Cristina, hija de un matrimonio español-holandés, al servicio de Dios, tras la imposibilidad de conquistar el amor terrenal con Herberto, estudiante alemán y aprendiz en el negocio de su padre. El *parvenu* holandés Carlos Van-Amberg, padre de Cristina, caracterizado como un hombre de negocios, racional y severo con su familia, es figura del orden social patriarcal y se interpone entre el amor de Cristina y Herberto. En contraste, Anunciata, su esposa, es una católica española cuya naturaleza se ve subordinada a su matrimonio, mostrándose obediente y melancólica, extrañando continuamente su patria. Cristina encarnaría lo opuesto al padre y por ello se debate continuamente entre la razón, lo moralmente correcto, y el desenfreno de la pasión. Retratada como una mujer morena de cabellos oscuros de carácter brioso y pasional, se acerca física y espiritualmente a su madre, mientras se aleja de los rasgos característicos holandeses personificados por sus rubias, pálidas y serenas hermanas, María y Wilhelmina. Sus rasgos extranjeros provocan, por una parte, la indiferencia y

crueldad de su padre y, por la otra, el amor de su madre, único miembro de la familia con quien lleva una relación de plena empatía. Por último, encontramos a Guillermo, retratado como un hombre sensato y de buen corazón, quien cede sus derechos de primogenitura a Carlos Van-Amberg, y se conforma con llevar una modesta vida apacible en casa de su hermano.

A sus quince años Cristina se enamora de Herberto, de veintiuno, quien había sido confiado a la casa de comercio de su padre. Dado que Herberto no posee fortuna, su pretensión amorosa supone una deshonra para el apellido Van-Amberg. Por lo tanto, Carlos se interpone y, con el fin de evitar posteriores encuentros entre los enamorados, Cristina es encerrada en su cuarto bajo las órdenes de su padre. Anunciata implora, por vez primera, el favor de su esposo para con su hija y los deseos de su corazón, sin resultado alguno. Ante la negativa y la tristeza de las dos mujeres, Guillermo intercede ante su hermano, pero el carácter de Carlos vuelve inamovible sus decisiones. Luego, a raíz de la tristeza y el frío de Holanda, Anunciata muere. Entretanto, los enamorados logran idear un plan para escapar hacia el mediterráneo, donde contraerían matrimonio. Sin embargo, la fuga es frustrada por Carlos Van-Amberg. Ocho días después, Cristina es enviada a un convento de las hermanas de la Visitación en Bélgica; mientras Herberto, ordenado por Carlos, parte hacia Batavia. Cinco años de aislamiento y recogimiento pasa Cristina recluida en el convento. Guillermo aparece ante las puertas del recinto religioso en busca de Cristina. Alegrementemente ha conseguido el permiso de Carlos para desposar a los jóvenes. Los rasgos morenos y vivaces de Cristina han sido reemplazados por movimientos lentos y un semblante blanco, pálido, casi inanimado. Incluso su nombre ha cambiado, ahora es la hermana Marta María. Tras mucho insistir, Guillermo la lleva consigo a la casa paterna donde Herberto aguarda. El reencuentro de los enamorados devela la nueva realidad de Cristina: es ahora una mujer entregada al Señor y ha abandonado todo tipo de lazo terrenal; las pasiones del mundo ya no la conmueven. Sin embargo, las reminiscencias del fuerte amor de antaño tienen consecuencias sobre la novicia que, físicamente debilitada a causa del encuentro, regresa al convento con urgencia mortal para profesar sus votos.

En términos generales, estos son los principales eventos que ocupan el argumento de *Una historia holandesa*. Básicamente, la obra pone en perspectiva dos etapas en la vida de Cristina. Por una parte, se nos presenta una Cristina adolescente, “independiente i violenta en todas sus impresiones [...] [que] tiene necesidad de movimiento, de libertad” (*El Neogranadino* n° 206, 1852: 142); en suma, posee una naturaleza “salvaje” proveniente de su herencia española. Esta

configuración del personaje, definido por su carácter pasional, fogoso e impulsivo correspondería al cliché del español de la época, desde el punto de vista del europeo francés¹³. Por otra parte, aparece una Cristina desilusionada del mundo y transformada en la hermana Marta María, trágicamente entregada al servicio de Dios luego de padecer por la dureza del trato de su padre y el abandono del hombre al que ama. Cristina, resignada, con sus ojos fijos en la recompensa eterna y desentendida del mundo, es ahora parte de las “almas dichosas que buscan el Cielo i [les] es menester [...] romper de antemano todos los lazos que tienen relación con la tierra” (*El Neogranadino* n° 215 1852: 206).

En definitiva, la obra resalta en un *sentido global* los valores católico-cristianos, además de contar con un tono altamente moralizante, pues a pesar del ímpetu que pueda desarrollar la pasión juvenil, los amantes siempre se adhieren a las normas del decoro y no actúan en sentido opuesto a la conducta social regular. Así, Cristina no quiere escapar porque necesita la bendición de su madre para poder ir en paz, mientras Herberto desea huir para contraer matrimonio. También se destaca el sentido trágico de la vida en Cristina quien, añorando la libertad, evoca constantemente la muerte y renuncia a sus propios intereses anclados en la vida terrenal. El abandono de sí misma para consagrar su vida al servicio del Señor trae padecimientos físicos, casi mortales. En el siguiente apartado exploraré las transformaciones sistemáticas llevadas a cabo sobre la traducción de *Una historia holandesa* que logran interferir en la producción de un “sentido global” acorde a la versión original francesa.

Como bien se ha dicho páginas antes, el ejercicio de traducción implica una serie de modificaciones aceptables sobre el texto, que favorecen la traslación del sentido desde la lengua de partida a la lengua meta. Entre ellas, la traducción de la novela de d'Arbouville evidencia transformaciones que comprenden la puntuación, la sintaxis o la interpretación, ya sea para dinamizar diálogos, acercar el texto al sistema de la lengua castellana, o ajustar los contenidos a la realidad neogranadina. No obstante, F.P.L.A.¹⁴, traductor de *Una historia holandesa* para *El Neogranadino*, suprime y añade frases y párrafos, que en nada parecen aportar a la conservación del sentido original, e, incluso, redacta un nuevo final que se anexa tras el párrafo que concluye la versión francesa. ¿A qué obedecen estos cambios? ¿Se ideologiza la traducción? ¿Se la pone al servicio de alguna doctrina?

¹³ *Carmen* de Mérimée representa la imagen más recordada de dicho cliché.

¹⁴ A pesar de la búsqueda en diversas fuentes, me resultó imposible conocer la identidad del dueño de las iniciales.

Despierta un gran interés que el traductor de *Una historia holandesa* haya decidido alterar la obra al punto que su significado global pueda verse comprometido, cuando su tarea, en dirección opuesta a su actuar, consistiría en la preservación del sentido original, como se ha querido demostrar, pese a su común alteración en las traducciones de la República de la Nueva Granda¹⁵. Es de suponer que el problema de las supresiones y adiciones en el texto suscite varios interrogantes, a saber: ¿cuáles fueron los criterios editoriales para efectuar estas transformaciones?, en el caso de la eliminación de fragmentos, ¿por qué se suprimen?, ¿son estas supresiones un acto de censura por parte del traductor? De ser así, ¿existen motivaciones ideológicas que orienten la elección tanto de lo que permanece como de lo que se suprime? Y, finalmente, ¿por qué decide el traductor o los editores transformar el final de la versión castellana? ¿Qué se busca con ello? A fin de encontrar posibles respuestas a estas inquietudes, analizaré las diferentes transformaciones ejecutadas a lo largo de la obra para tratar de esclarecer si se trata de un acto de censura o si, por el contrario, existe un interés ideológico tras ellas.

Ahora bien, como resultado del cotejo de la versión original y la traducida de *Una historia holandesa*, podría decirse que se encuentran tres tipos de alteraciones: supresiones, adiciones e interpretaciones. Aunque todas alteran de alguna forma la obra, parte de ellas podrían considerarse más leves que las demás, puesto que su incidencia en la transformación de la globalidad del sentido no es muy alta. Dicho esto, analizaré, en primer lugar, un aparte que ejemplifica las modificaciones leves que bien pueden ser parte del ejercicio típico de traducción y, por tanto, su repercusión sobre el sentido global de la obra es insignificante. En segundo lugar, abordaré aquellas que, en mi concepto, generan cambios de fondo al alterar porciones de significado que, en suma, componen el sentido de la obra. Con este fin, se contrastarán los fragmentos en cuestión para encontrar sus principales diferencias y así, más adelante, establecer hipótesis sobre sus posibles funciones.

2.1. Transformaciones del sentido

Para comenzar, las adiciones o supresiones leves usualmente son empleadas para superar los problemas típicos de la traducción que corresponde a la articulación de los giros gramaticales

¹⁵ En el artículo “Soledad Acosta de Samper y su papel en la traducción en Colombia en el siglo XIX”, Aguirre señala ciertos cambios de sentido en algunos apartes de la traducción hecha por Soledad Acosta (2004: 253-254) sobre *Le travail des femmes au XIXème siècle*, que no revisten un cambio en el sentido global entre la versión original y su traducción gracias a que guarda “un alto grado de **exactitud referencial y pragmática**, y por ello **comunica el texto de partida**” (256, el énfasis es mío). Por el contrario, el presente análisis pretende demostrar que los cambios localizados de sentido afectan profundamente el sentido global de lo que quiere comunicar una obra literaria, puesto que su concepción no responde a una finalidad pragmática. Por lo tanto, las alteraciones en el sentido no pueden estudiarse de la misma manera para todo tipo de texto traducido.

y la producción del sentido de la lengua de partida en la lengua meta. Habitualmente, tales cambios abarcan las discrepancias entre las estructuras de una lengua y otra que, en últimas, se relacionan con su uso cotidiano y el estilo de escritura del autor. El siguiente fragmento, por ejemplo, presenta una leve variación de la puntuación en la traducción.

—Depuis son enfance, monsieur, reprit doucement Anunciata en **s'arrêtant presque à chaque phrase**, Christine aime à vivre en plein air, à courir dans le jardin ; elle est délicate, elle a besoin de soleil et de liberté pour se fortifier. Jusqu'à présent vous avez trouvé bon qu'elle vécût ainsi, j'ai cru pouvoir sans inconvénient laisser cette enfant se livrer au penchant de son caractère ; si vous en jugez autrement, elle obéira, monsieur. (1876: 107)

—Desde su niñez, señor, replicó Anunciata con dulzura i **deteniéndose en cada frase**, a Cristina le gusta... vivir al aire libre.... correr en el jardín...; es delicada..., tiene necesidad de sol i de libertad para fortalecerse. Hasta ahora vos, señor, habeis creído bueno que ella viviese así, yo he pensado que podía, sin inconveniente, dejar que esta niña se entregase a la inclinación de su carácter si juzgaiz de otra manera, Cristina obedecerá, señor. (*El Neogranadino* n° 207, 1852: 152. Las negrillas de las citas son mías)

Como se aprecia en el fragmento en negrillas, cuando Anunciata se enfrenta por primera vez a su esposo con el fin de interceder por Cristina, habla *deteniéndose casi en cada frase*. El traductor de *El Neogranadino* decide, para darle más peso a estas palabras, añadir una serie de puntos suspensivos a lo largo del párrafo. Tal libertad interpretativa del traductor podría concebirse, incluso, como una corrección sobre el texto original. Este gesto de pausa, de cadencia en el habla, no se observa en la forma textual de la versión francesa, pues el texto se desenvuelve de corrido; por el contrario, en la versión castellana los puntos suspensivos agregados hacen que el tono de la discusión sea evidente: el discurso de Anunciata es menos seguro de sí, más vacilante, tal vez más respetuosa con su esposo o intimidada por él. ¿Pueden cambios como estos tener relación con las normas sociales de la República de la Nueva Granada? Si bien la adición de los puntos suspensivos no representa un cambio trascendental respecto al discurso emitido por Anunciata, su presencia a nivel textual podría significar una leve modificación en el sentido, pues se nos muestra una mujer más dubitativa, quizá más afín al contexto neogranadino en cuanto a la interacción en una relación marital.

Aunque desde la primera entrega se muestran alteraciones profundas que analizaré más adelante, otro tipo de transformaciones en apariencia menos perjudiciales en cuanto a la conservación del sentido aparecen en la segunda entrega de la traducción, publicada el 15 de julio. En los fragmentos siguientes, que representan un almuerzo de la familia Van-Amberg, la versión castellana altera tres elementos. El primero de ellos a nivel sintáctico; el segundo corresponde a la

adición de una oración al final de la traducción del primer párrafo y como parte de éste; el tercero es la supresión de dos párrafos que deberían encontrarse entre el primer y el segundo párrafo traducidos.

Annunciata sourit tristement à son frère, et, pour toute réponse, porta à ses lèvres le thé qu'il lui donnait ; mais l'effort était trop pénible, elle remit la tasse sur la table.

« **Ma sœur, reprit Guillaume, c'est un devoir de soigner sa santé, et vous qui remplissez tous vos devoirs, vous devez aussi accomplir celui-là.** »

Une légère rougeur passa sur le front d'Annunciata. Son regard rencontra celui de son mari qui s'était lentement tourné vers elle. Tremblante et prête à pleurer, elle n'essaya plus de rien prendre, et le silence fut complet comme au commencement du déjeuner.

Enfin on entendit des pas dans le corridor qui précédait le parloir. (87. El énfasis es mío)

Anunciata se sonrió tristemente, i por toda respuesta llevó a sus labios el té que le daba **su hermano**; pero el esfuerzo era muy penoso i tuvo que volver a poner la taza sobre la mesa.

Cárlos Van-Amberg a nadie miraba, pues comía con los ojos fijos sobre su plato.

Oyéronse pasos en el corredor que conducía a la sala (*El Neogranadino* n° 206, 1852, 141. El énfasis es mío)

La primera alteración sintáctica podría relacionarse con la ya mentada articulación entre los giros gramaticales de una lengua y otra. En esta ocasión, el traductor acude a la economía del lenguaje propia del castellano. Así, mientras que en francés, Guillermo es evocado gramaticalmente mediante el vocativo “frère” (cuñado) como complemento de régimen para el verbo “sourire à” (sonreír a) y luego es retomado a través de un pronombre como sujeto del verbo “donner” en “qu'il lui donnait” (que él le daba); en la traducción la acción de sonreír es reflexiva “se sonrió” y Guillermo aparece únicamente al final, a través del vocativo “hermano”. De esta manera, la repetición desaparece en el castellano, evitando así una redundancia que podría incomodar al eventual lector. La segunda y tercera alteraciones, por otra parte, van un poco más allá. En la versión francesa, el primer párrafo termina en el momento en que Anunciata coloca la taza nuevamente sobre la mesa. Sin embargo, luego del punto que finaliza dicho párrafo, el traductor añade que “Carlos Van-Amberg a nadie miraba, pues comía con los ojos fijos sobre su plato”. Esta alteración podría estar íntimamente ligada a la tercera: la supresión u omisión de dos párrafos de la versión francesa en la traducción. A continuación, me permito traducir los fragmentos omitidos, que en la cita anterior aparecen en negrillas, en la versión de *El Neogranadino*:

“hermana, replicó Guillermo, es un deber cuidar su salud y, usted que cumple todos sus deberes, debería también cumplir aquel.”

Un ligero rubor pasó sobre la frente de Anunciata. Su mirada encontró la de su esposo quien lentamente se había girado hacia ella. Temblorosa y presta a llorar, trató de no tomar nada más y el silencio fue completo, como al comienzo del almuerzo. (1876: 87)

¿Qué elementos de la narración se omiten al eliminar este par de párrafos? A primera vista, éstos cumplirían una función descriptiva, ampliando detalles de la escena del almuerzo familiar. Sin embargo, en la versión castellana la acción de Guillermo es nula y el personaje prácticamente ha desaparecido de la narración. Además, el comportamiento de Anunciata en respuesta a las palabras de su cuñado y a la mirada impositiva de su esposo no tiene lugar, sin ignorar que su condición de melancolía y debilidad física podría verse acentuada al abarcar mayor espacio en la descripción. Mientras que en la traducción se hace un paneo general de la escena, donde el almuerzo se desarrolla sin mayor interacción entre los personajes, los párrafos omitidos podrían añadir algunas características importantes que contribuyen a formar una idea más concreta sobre el carácter de Anunciata, sobre su condición de vida, sobre su miedo-respeto frente al marido. Por otra parte, la supresión relacionada con Guillermo podría mitigar, desde muy temprano, tanto su importancia dentro del argumento de la obra como su cercanía con Anunciata y Cristina, que a su vez intensificaría el distanciamiento entre las dos mujeres y Carlos. Uno de los problemas más importantes y recurrentes que presenta la traducción en cuanto a la conservación del sentido concierne, a mi modo de ver, con la formación del carácter de los personajes mediante la supresión o censura sistemática de pasajes a lo largo de la obra. ¿Hasta qué punto las modificaciones en el carácter de los personajes pueden interferir con la producción de sentido que se busca en la versión original?

Pese a encontrar diferentes alteraciones —entre supresiones, interpretaciones y adiciones— a lo largo de toda la traducción, salvo por la entrega del 17 de septiembre que no fue retocada, las más importantes se condensan en las primeras y las últimas páginas de la traducción. Luego de haber hecho un recorrido general sobre algunas de las modificaciones que parecen no tener mayor incidencia en la construcción del “sentido global” y con el fin de hallar un posible propósito para el proceder del traductor-editor, analizaré los fragmentos omitidos que, desde mi punto de vista, son los más significativos para observar en qué medida se altera el sentido y se agrega, mediado por la supresión, uno que no existe en la versión original. En seguida, sopesaré su importancia en la construcción del sentido global, tanto de la obra en francés como en castellano.

Madame d'Arbouville decide dar inicio a *Una historia holandesa* con la descripción general del territorio holandés, calificándolo como un lugar frío, sin ardor, sin amor, donde el sol no es tan brillante como en España o en Italia, naciones mediterráneas. Sin embargo, tan pronto concluye este primer párrafo, la traducción de *El Neogranadino* toma distancia de la versión francesa, ya que decide omitir un pasaje cuya extensión no es nada despreciable.

Se trata de un aparte ubicado al inicio del relato que no recae únicamente sobre el paisaje holandés, sino sobre su estrecha relación con el carácter de sus habitantes. Aunque esta descripción se relaciona particularmente con la formación del carácter de Carlos, también lo hace con el de Anunciata y Cristina puesto que permite establecer una definición de su identidad mediterránea por oposición a los valores resaltados en el europeo del norte. Por su carácter introductorio, de apertura o inicio de la configuración del relato y del sentido, su eliminación priva al lector neogranadino de un contraste geográfico-cultural importante para el europeo de la época, en particular las diferencias que se suponían entre el carácter de los del norte y del “midi”, del mediterráneo. Aspecto importante en la trama novelesca si se considera que Carlos es holandés, Anunciata española y Cristina ha heredado los rasgos físicos y temperamentales de su madre. En seguida doy a conocer los párrafos omitidos no bien emprendida la narración:

Tal no es el aspecto general de Holanda, pero así es uno de los rincones del cuadro que golpea la mirada fatigada del viajero cuando recorre el norte de este país que parece, más que cualquier otro, encargado de hacer respetar el decreto de Dios que dice a la mar: *¡no irás más lejos!*

Ese silencio, esa calma de los seres y las cosas, ese día sereno, esos matices diluidos por doquier, esas grandes planicies sin movimiento, todo ese conjunto tiene su poesía. Donde sea que haya silencio y espacio, la poesía encuentra su lugar; ella ama un poco todas las cosas, los sonrientes paisajes, los tristes desiertos; ave ligera, todo le parece bueno para posarse, una brizna de hierba a menudo le basta.

Holanda, que el poeta Butler designaba como *un gran navío siempre anclado*, tiene su belleza para cualquiera que al verla reflexione. Se admira poco a poco, pero finalmente se admira esa tierra en lucha con la mar, luchando cada día por defender su existencia; **esos hombres pacientes y valientes** que tras cada muralla derrumbada edifican otra; esas ciudades que obligan a los raudales a correr al pie de sus murallas, a seguir la ruta trazada, a mantenerse en el lecho excavado; luego, en esos días de rebeldía en que el agua, como si recordara su naturaleza primaria, quiere reconquistar su independencia, desborda, inunda, destruye y, en fin, **por fuerza de la mano del hombre, se calma y obedece de nuevo**. Allí, allí la vida parece el ocaso de una batalla: **hay fatiga, orgullo y triunfo. El imperturbable habitante de esas tierras posee ese móvil de todas las cosas, la voluntad. Está seguro del triunfo, porque así lo quiere; es calmado, porque es fuerte; se conduce con cautela, porque reflexiona**. Hay en el silencio de las cosas serias una belleza que nuestra alma debe aplicarse a comprender,

como capta la armonía de aquello que canta, como ve el color de aquello que brilla.¹⁶ (1876: 63-64)

A primera vista, el pasaje anterior parece ser una ampliación de la descripción del territorio holandés que, además, agrega algunas peculiaridades sobre el diario vivir de sus habitantes. Quizás el traductor consideró prescindible este fragmento debido a varios factores como su contenido altamente descriptivo, el poco espacio del que disponía la traducción en las columnas del periódico, o una caracterización geográfico-cultural poco interesante para los lectores neogranadinos. Sin embargo, la observación detallada de este fragmento devela un rasgo que desborda la mera descripción: la caracterización del tipo holandés. No hay que olvidar el contexto histórico-cultural que enmarca la redacción y concepción de *Una historia holandesa*. En la perspectiva abierta por la teoría del clima y de las razas de los naturalistas franceses del siglo XVIII, las condiciones climáticas del entorno tienen fuertes implicaciones sobre la formación del carácter individual del ser humano, y en igual medida sobre sus actos. Estas teorías fueron ampliamente conocidas y aceptadas en la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX¹⁷: en el ámbito literario, su principal exponente es Balzac quien concibe su proyecto estético basado en estas teorías. La novela *Le père Goriot* está dedicada a Géofoi Saint-Hilaire, uno de los grandes naturalistas de la época.

En este sentido, en el “Libro XIV” de *L’Esprit des lois*, Montesquieu teoriza la manera en que los diversos climas influyen sobre el carácter de los hombres conforme a la latitud que éstos habiten. Según el filósofo, existe una diferencia fundamental entre los efectos físicos que el aire frío ejerce sobre las fibras de nuestro cuerpo en comparación a los producidos por el aire caliente. El primero contrae las fibras de las extremidades del cuerpo, aumenta su fuerza y energía; el segundo, por el contrario, relaja las fibras de las extremidades, las expande y medra tanto fuerza como energía. Sin embargo, estas condiciones climáticas no restringen su accionar a las

¹⁶ La traducción y las negrillas son mías.

¹⁷ Aunque Montesquieu es uno de los primeros en teorizar sobre la influencia del clima en el comportamiento del hombre en su *L’Esprit des lois*, otros naturalistas más cercanos del siglo XIX como Georges-Louis Leclerc de Buffon (1707-1788) o Corneille de Pauw (1739-1799) dieron continuidad a los estudios teóricos al respecto e incluso emprendieron nuevas reflexiones en torno a la influencia del clima en los nativos americanos y cómo el clima de la zona tórrida vició y depravó el temperamento de sus habitantes. Así, de Pauw afirma en su *Recherches philosophiques sur les Américains* (1768) que debido a la humedad el hombre americano debía tener un “genio limitado, sin elevación, sin audacia, un carácter bajo y naturalmente inclinado a la indiferencia y la inactividad” (70, traducción propia). En suma, de Pauw y Buffon sostienen la debilidad física y moral de los americanos bajo el efecto del clima del Nuevo Mundo.

capacidades físicas, sino que además provoca otros efectos a nivel moral. Por consiguiente, “en los países fríos se tendrá poca sensibilidad por los placeres; ésta será más grande en los países templados y extrema en los países calientes. Como se distinguen los climas por los grados de latitud, se podrían distinguir, por decirlo así, por los grados de sensibilidad”¹⁸ (1845: 154).

Por la manera como Mme. d’Arbouville describe el espacio e introduce el carácter de los personajes, se puede afirmar que tiene en mente las teorías del clima. La descripción del paisaje holandés, suprimida en la versión castellana de *El Neogranadino*, desempeña en la versión francesa, por lo menos tres funciones importantes: primero, ubicar la acción en un espacio y un tiempo específico, se trata de un elemento necesario para contextualizar la acción y darle al lector unos parámetros geográficos y culturales. Segundo, de manera más evidente, se relaciona con el carácter de Carlos quien obedece al modelo del carácter holandés descrito al mismo tiempo que se introduce el espacio. Tercero, de manera implícita, el mismo paisaje, por contraste, sirve para dar a entender la situación existencial de Anunciata y Cristina quienes no obedecen al modelo humano del holandés sino al español: el frío paisaje justifica la profunda melancolía y tristeza de Anunciata quien se siente como una extranjera en Holanda, como un ser fuera de su entorno natural, en su caso el “midi”; y, al mismo tiempo, los ímpetus de libertad de Cristina: motivo importante en el desarrollo de la trama novelesca. Al suprimir estos elementos se altera el sentido original. Veamos entonces las supresiones y el nuevo sentido que se construye en la versión castellana.

De cara a la primera función del fragmento suprimido, éste no se encarga únicamente de situar al lector en un entorno físico, temporal y cultural específicos, sino que, en un nivel más profundo, expone la manera en que la teoría montesquiana del clima moldea el carácter de los personajes de la obra, símbolo de cierta tensión moral entre las culturas del norte y sur europeos. La incidencia de las condiciones climáticas sobre el carácter de los hombres cobra importancia por el contraste geográfico-cultural propuesto por madame d’Arbouville en *Una historia holandesa*. A la luz de esta teoría es posible comprender de manera más acertada por qué perfiles como el de Anunciata y Cristina, marcadamente españoles, son dados a las pasiones mientras que el de Carlos, netamente holandés, mantiene una postura más racional

De esta manera, la conducta impasible de Carlos ante la muerte de su esposa podría explicarse porque “las fibras de los pueblos del norte son menos capaces de ser perturbadas que

¹⁸ La traducción es mía.

las fibras delicadas de los países calientes” pues “el alma es menos sensible al dolor”¹⁹ (Montesquieu 1845: 156). Así mismo, la necesidad de amar simbolizada en Cristina corresponde a sus rasgos del “midi” europeo, pues en estos climas “se ama al amor por sí mismo: es la causa única de la felicidad, es la vida”²⁰ (156).

Se advierte, en los párrafos omitidos en la versión castellana, que las características relativas al hombre holandés se relacionan con la clasificación hecha por Montesquieu: el europeo del norte es un ser “paciente y valiente” que siempre logra imponer sus deseos en tanto “posee ese móvil de todas las cosas [...] *la voluntad*”, y es, en suma, “determinado”, “calmado”, “fuerte” y cauto porque “reflexiona” (d’Arbouville 1876: 63). Ahora bien, aunque d’Arbouville se centra en las virtudes del holandés en este episodio, para la conciencia colectiva del europeo de la época también se estaría aludiendo, por contraste, a los vicios de los pueblos del sur y, particularmente por su relevancia dentro de la obra, del pueblo español o meridional. Dada la importancia que esto representa dentro de la construcción de sentido de la obra ¿por qué se decide pasar por alto en la traducción estos párrafos que caracterizan al europeo del norte?, ¿se asumía que esta información era irrelevante para los neogranadinos?, ¿de qué aspectos de sentido se priva al lector al omitir tal información?, ¿si se entiende la novela como un todo, como signo comunicativo, en qué medida se altera el sentido?

Dando continuidad a la primera función ejercida por el fragmento introductorio que describe el espacio holandés, y puesto que atañe directamente a las bases que fundamentan el carácter de dos de los personajes principales de la trama, considero necesario revisar las demás modificaciones ejercidas sobre el perfil de Carlos y Guillermo Van-Amberg a lo largo de la traducción, para determinar si éstas podrían mitigar, o no, una probable transformación en el sentido de la obra debido a la omisión de este pasaje.

Carlos Van-Amberg aparece por primera vez en la segunda entrega de la obra, el 15 de julio, y es dado a conocer en los siguientes términos:

Cárlos Van-Amberg, el **jefe temido** de toda esta familia, era de alta estatura: habia cierta **rijidez en su modo de andar**, e impasibilidad en su fisionomia. Su cara, cuyas facciones parecian a primera vista insignificantes, **espresaban la necesidad de dominar**, i **sus modales eran frios**. Hablaba poco, nunca para alabar, algunas veces para vituperar en términos **secos e imperiosos**. Su mirada precedia a sus palabras i las hacia casi inútiles, tanto así podian, casi siempre, hacerse entender enérjicamente, sus ojos pequeños hundidos, i de un azul claro.

¹⁹ La traducción es mía.

²⁰ La traducción es mía.

La **ambicion i la paciencia**, habian conducido a Cárlos Van-Amberg al término de hacer su fortuna por solo sus esfuerzos; sus bajéles surcaban los mares. **Nunca amado, pero sí venerado**, gozaba en todas partes de gran crédito. Siendo **un amo absoluto** en su casa, jamas se habia ocurrido a nadie la idea, ni aún de vacilar delante de uno de sus menores deseos. **Todo se callaba i se inclinaba a su voluntad**. (*El Neogranadino*, n° 206, 1852: 141. Las negrillas son mías.)

Si se observa el marco textual que rodea la presentación de Carlos y sus “virtudes” en la traducción, éstas podrían comprenderse de manera distinta a la deseada por la autora. Carlos es temido por su familia, su ambición está ligada a su paciencia, necesita dominar - ¿para demostrar su poder? -, es venerado por los demás y esto hace que se inclinen ante su voluntad. La puesta en escena de virtudes como la paciencia o la voluntad, junto a vicios como la ambición o la veneración extrema disminuiría su estatus de virtud y conduciría a una interpretación errónea por parte del eventual lector. Debido a que el anterior episodio es la única descripción presente en la traducción sobre el carácter de Carlos, ceñirse a ella como punto de partida para interpretar su actuar dentro del argumento de la novela, sin tener en cuenta la caracterización holandesa a partir del clima, significaría una comprensión parcial del conjunto de rasgos que compone su persona. De allí que aparezca un primer contraste entre el perfil moldeado por la autora, que parte de la relación entre las condiciones naturales y la vida en Holanda como presupuesto que complementarí­a la axiología de Carlos, y el perfil construido por el traductor-editor de la obra, que se focalizaría únicamente en la caracterización específica del personaje y, por lo tanto, lo desvincularía de las virtudes holandesas del párrafo omitido.

Si bien esta omisión ejercería una transformación importante en los cimientos del perfil axiológico de Carlos, más adelante su comportamiento continúa modificándose ligeramente en diversas ocasiones a lo largo de la traducción. Así, por ejemplo, luego de la intercesión de Anunciata en favor de los deseos de Cristina, se añaden las siguientes frases resaltadas en negrillas: “[s]eñora, exclamó Van-Amberg, **i en esta ocasión un lijero temblor nervioso agitaba todo su cuerpo**, señora, vuestra temeridad es grande, dirijiéndome semejantes discursos”²¹. Y luego, “El Sr. Van-Amberg se adelantó hácia su mujer, le tomó el brazo con una mano **poniéndole la otra sobre la boca** i le dijo” (*El Neogranadino* n° 211, 1852: 183). Estas pequeñas adiciones dan cuenta de una variación matizada del carácter de Carlos. Sin ellas, su carácter severo y su serenidad,

²¹ El énfasis es mío.

virtudes holandesas presentadas en el fragmento omitido respecto a la teoría del clima, se mantendrían incuestionables. Sin embargo, las anteriores adiciones pondrían en duda tales virtudes y las reemplazarían por un sentimiento de inseguridad y un comportamiento impulsivo, casi violento. En suma, tales adiciones transformarían en cierto grado su carácter. ¿Podrían las variaciones de su carácter apuntar hacia una des-racionalización de sus actos encaminándolo a una actitud más pasional? ¿Con qué fin?

En este sentido, en la entrega del 27 de agosto, que relata la muerte de Anunciata, Carlos se encuentra a solas con ella y monologa por única vez en la obra. En la traducción al castellano se aprecian adiciones sistemáticas en el monólogo de Carlos, que transformarían considerablemente el último encuentro de los esposos. A continuación, presento algunos apartes del monólogo de Carlos, en su versión original y traducida, donde destaco en negrillas las adiciones aportadas por el traductor:

Annunciata, nous avons bien souffert tous les deux, Dieu ne nous a pas donné de bonheur !
Annunciata, je t'ai aimée depuis le premier jour où je te vis joyeuse enfant en Espagne, jusqu'à ce jour affreux où je te presse morte sur mon cœur. 0 Annunciata, que nous avons souffert !

[...]

—Repose en paix, pauvre femme !

[...]

Tu retournes à Dieu, Annunciata, ornée encore des dons qu'il t'avait faits. Je te vois pour la dernière fois !

[...]

Mon Dieu ! s'écria-t-il, moi, j'ai été sévère ; vous, soyez miséricordieux ! (d'Arbouville, 1876: 157)

Anunciata **yo te he hecho padecer mucho, yo también he sufrido por no poder domar este carácter, origen de tus males!** Así Dios no nos ha dado la felicidad! Anunciata, yo te he amado desde el primer día en que te vi, tierna joven, en España, hasta este día espantoso, en que muerta te estrecho contra mi corazón. Oh Anunciata, **cuanto te he hecho sufrir!**

[...]

—Reposa en paz, **virtuosa mujer!**

[...]

Tu vuelves, Anunciata al seno de Dios, adornada de los dones que recibiste de él, **pura, inmaculada i hermosa!** Yo te veo ya por la última vez!

[...]

—Dios mio, exclamó, yo he sido demasiado severo e **injusto**, sed pues misericordioso! (*El Neogranadino* n° 212, 1852: 192)

Las adiciones presentadas en negrillas denotan una transformación en la manera en que Carlos se dirige al cadáver de su esposa. Mientras que en la versión francesa Carlos exclama “nous avons bien souffert tous les deux” (ambos hemos sufrido mucho), en la traducción él es la causa

de los sufrimientos de su esposa cuando exclama que “yo te he hecho sufrir mucho” y también asegura, a diferencia de la versión original, que su carácter es la fuente de los males que aquejan a Anunciata: “yo también he sufrido por no poder domar este carácter, *origen de tus males!*” (el énfasis es mío). Del mismo modo, se transforma la caracterización de Anunciata a partir de los adjetivos modificados en el discurso de Carlos, como la traducción de “pauvre femme” (pobre mujer) por “virtuosa mujer!” o la adición de “pura, inmaculada i hermosa”, adjetivos que recuerdan las palabras con que se evocan comúnmente los santos religiosos y no a una persona muerta a raíz de las condiciones climáticas y la severidad de su esposo. Finalmente, en la última adición al monólogo, Carlos asevera que su proceder ha sido “injusto” con su mujer.

¿Qué se busca con estas modificaciones en el discurso de Carlos? Aunque la versión francesa y traducción recalcan que la muerte de Anunciata fue el único momento en la vida de Carlos en que su corazón se rompió, considero que las modificaciones sistemáticas de este aparte, junto a la omisión del fragmento de apertura sobre el entorno y el tipo holandeses, refuerzan una concepción menos racional del carácter de Carlos, puesto que su naturaleza cede momentáneamente al imperio de las pasiones. Además, teniendo en cuenta que *Una historia holandesa* pertenece al género sentimental²², se esperaría que un aparte en que se relata la muerte de uno de los personajes exprese cierto patetismo que logre conmovir al lector, y un Carlos más dado a las pasiones contribuiría para conseguir este objetivo. Por otro lado, como veremos más adelante, desde mi punto de vista, este tipo de transformaciones apuntaría a reemplazar un sentido trágico de la vida en Cristina presente en la versión francesa por uno más sentimental.

La sistematicidad de las transformaciones en el carácter de Carlos podría desembocar en una modificación profunda de la axiología del personaje. Desde un punto de vista más amplio, este tipo de alteraciones no correspondería a una interpretación del texto artístico buscando preservar

²² En adelante, cuando hable de “sentimental” y sus diferentes acepciones en oposición a “visión trágica”, me remitiré al concepto de *novela sentimental*, término con el cual algunos intelectuales del siglo XIX se refirieron a *Una historia holandesa*. Según Menéndez y Pelayo, este tipo de novela, derivado de las narraciones caballerescas, surgió a mediados del siglo XV. En él “se da mucha más importancia al amor que al esfuerzo” (1943: 83) y la acción se encuentra subordinada a “aquella pasión que es alma y vida de la obra”. Ahora bien, si consideramos la obra de Mme. d’Arbouville dentro del canon literario francés, cronológicamente pertenecería al “segundo período del movimiento romántico francés” (Van Tieghem, 1958: 135) que inició alrededor de 1830. En esta etapa de producción literaria “el amor es el que ocupa más espacio en el romanticismo francés y el que más elocuentemente le inspira. Tan pronto este amor es ideal y soñador, como vehemente y apasionado; por lo general, va acompañado por un ferviente sentimiento de la Naturaleza o por una ensoñación melancólica” (137). Justamente, este “predominio de la pasión sobre la razón” (138) es, a mi modo de ver, el aspecto fundamental que pretende enmarcarse en la traducción de *Una historia holandesa* publicada por *El Neogranadino* en detrimento de la visión trágica de la versión francesa.

su sentido original, sino que, por el contrario, minaría las unidades de significado presentes en la caracterización del personaje y produciría una transformación en el sentido global de la obra. Si se considera que “la novela en su totalidad es un enunciado”, que más que comunicar pretende motivar una respuesta por parte de un receptor eventual (Bajtín 2005, 250), cada una de las variaciones aplicadas por el traductor, por ínfimas que puedan llegar a ser, conducirían a la producción de un sentido y significado diferentes de la obra como unidad significativa, además de una reacción diferente de la comunidad lectora neogranadina ante el texto.

Luego de contrastar la primera supresión en torno a las implicaciones del clima sobre el carácter de los hombres con los apartes que modifican el perfil de Carlos a lo largo de la traducción, concluyo que las adiciones no contribuyen a compensar el posible sentido del que se priva al lector tras eliminar los párrafos iniciales de la obra. Antes bien, se transforma la personalidad original propuesta para el personaje, provocando una posible alteración en el sentido global de la obra. A partir de los cambios expuestos, la actitud quirúrgica del traductor adquiere una naturaleza sistemática que se centra en la extirpación de los apartes concernientes al moldeamiento del carácter de los personajes centrales. ¿Demostraría este proceder una intencionalidad premeditada para trocar el sentido global de la obra? De aquí en adelante las omisiones importantes recaerán sobre los perfiles de Guillermo Van-Amberg y Cristina.

A continuación, analizaré el siguiente episodio excluido de proporciones considerables, relacionado con la configuración del perfil de Guillermo. Para comprender más claramente el contraste entre la versión original y la castellana, considero importante transcribir la introducción del personaje de Guillermo traducida por el periódico:

Guillermo Van-Amberg, su hermano, tenía una naturaleza enteramente opuesta a la de Cárlos. Se habría quedado pobre con la pequeña herencia adquirida por muerte de sus padres, si Cárlos no hubiera querido ser rico. Guillermo puso a disposición de su hermano su módica fortuna, diciéndole: “haz para mí lo que hagas para tí.” Mui afecto al rincón de tierra que le había visto nacer, vivía en paz, fumando, sonriéndose, i sabiendo de tiempo en tiempo que le habían llegado algunos centenares de miles de francos. Un día en que se le hizo saber que era poseedor de un millón contestó con mucha sencillez escribiendo: “gracias, Cárlos; esto será para tus hijos.” (*El Neogranadino* N° 206, 1852: 141)

Al finalizar esta breve descripción, cuyo fin es caracterizar y definir a Guillermo, ya que posteriormente no hay lugar para descripciones alrededor del personaje, el traductor decide no traducir el siguiente párrafo, que completa la configuración de su perfil:

Luego **Guillermo olvidó que era rico**, y no cambió nada en su manera de vivir. Conservó la forma común y la tela burda de las ropas de un campesino que teme la cercanía de las ciudades. **Algunos cursos de teología habían sido los únicos estudios de su juventud. Su padre, católico ferviente, lo había destinado al servicio de Dios**, pero ocurrió que, como consecuencia de **la indecisión de su carácter**, Guillermo **no se ordenó, no se casó**, y vivió tranquilamente en la familia de su hermano. **La lectura reiterada de libros de religión, única educación que hubo recibido, había dado a su lenguaje una forma mística** que contrastaba con la simplicidad campesina de su persona: esto era lo único original en Guillermo, **quien no tenía nada destacable más que un gran discernimiento y un buen corazón**. Él era el tipo primitivo de su familia, su hermano era el último escalón, el ejemplo del cambio traído por la nueva fortuna recién adquirida.²³ (d'Arbouville 1876: 83-84. Las negrillas son mías)

Aunque Guillermo es aparentemente un personaje secundario, pues la narración se centra en la transformación de la vida de Cristina, éste ocupa un papel fundamental como mediador entre las relaciones de las mujeres “españolas”, Anunciata y Cristina, con Carlos Van-Amberg y, en el final de la novela, entre la relación de Cristina con Herberto y el mundo. En suma, Guillermo encarna la voz del discernimiento y el buen juicio. Dada la transversalidad de la religión en el argumento de *Una historia holandesa* y su preeminencia en la estructuración axiológica de Guillermo, los motivos que llevarían a omitir este segmento despiertan mi interés. Al confrontar las dos configuraciones, la traducida por el periódico y la original, nos encontraremos ante dos versiones diferentes de un mismo personaje. Así, el Guillermo reproducido en la traducción de *El Neogranadino* es presentado como un hombre desinteresado y sencillo que lleva una vida tranquila en casa de Carlos Van-Amberg, sin aspiraciones de grandeza o fortuna, a diferencia de su hermano. Por el contrario, en el párrafo que no se tradujo, Guillermo es exhibido como un hombre cercano de la doctrina católica, quien incluso estuvo a punto de iniciar la vida religiosa sacerdotal, como deseaba su padre. A pesar de no ordenarse debido a “la indecisión de su carácter”, las actitudes de Guillermo, ausentes en la traducción, podrían relacionarse con los votos monásticos proferidos por los hombres ordenados al servicio de Dios. Así pues, los votos de pobreza, castidad y obediencia estarían claramente simbolizados en su olvido de la riqueza y la conservación de la forma común, campesina, de sus vestiduras; en el hecho de que nunca contrajo matrimonio y en la renuncia a sus derechos de primogenitura para, hilando un poco más fino, *obedecer* la voluntad de su hermano. Si consideramos, por lo dicho en el anterior capítulo, que el periódico podría promover la libertad de culto y el librepensamiento ¿por qué vetar la formación católico-cristiana de Guillermo?

²³ La traducción es mía.

Como se mencionó en el primer capítulo del presente texto, inspirado en las ideas de Lutero, *El Neogranadino* promueve en la República de la Nueva Granada no una difusión del protestantismo, sino una adaptación de la Iglesia católica a la idea de los Estados modernos laicos. En este sentido, nunca se pierde de vista que la publicación se hace en un país en esencia católico, en el que se busca que la Iglesia se separe del Estado y oriente socialmente su credo, encargándose de los aspectos divinos sin interferir en los asuntos del Estado. Al igual que Lutero, quien redactó una obra intitulada *De los votos monásticos*, donde ataca el tipo de prácticas religiosas basadas en los votos, los liberales neogranadinos de la época no consideraban que la formación moral aportada por los valores cristianos naciera de actos mecánicos como las reuniones grupales promovidas por la iglesia católica —las misas—, que mantenían cierta disciplina colectiva. Para los liberales, en cambio, la conducta no se reducía a la mera creación de valores morales orientados en un sentido religioso y subjetivo, sino que se debía tender a una creación social de éstos (Colmenares, 2008: 66).

Así pues, el desvanecimiento del manto católico que rodeaba las acciones de Guillermo podría dar lugar a una interpretación más social y menos religiosa de su conducta moral. En mi opinión, el traductor-editor decide omitir el anterior apartado con la finalidad de despojar de todo tinte religioso las justas y correctas acciones de Guillermo, para que éstas no fueran comprendidas como un aporte moral de la religión católica. En este sentido, las máximas expresadas por Guillermo, respecto al cómo vivir y relacionarse con el prójimo, o pasajes en los que Cristina recuerda “las piadosas exortaciones de su tío Guillermo” (*El Neogranadino* n° 212, 1852: 192), se desligarían de toda carga religiosa. En consecuencia, estas elisiones responderían a un sentir ideológico que afectaría el sentido global del texto. ¿Podrían estas transformaciones concebir un sentido global en que la moral y las acciones de los personajes tengan una construcción social y más individualizada?

Las siguientes transformaciones que evaluaré corresponden a la tercera función del episodio introductorio que no se tradujo. Como se dijo, además de ubicar espacial y culturalmente al lector, moldear el carácter holandés y, en consecuencia, el perfil de Carlos, este segmento configura por contraste los perfiles de Cristina y Anunciata, personajes centrales de la obra. Señalo la importancia de Anunciata en relación con Cristina, puesto que en mi perspectiva es un personaje clave para comprender la situación espiritual por la que atraviesa Cristina en el desarrollo del

argumento. En primer lugar, procederé con la identificación del vínculo entre los caracteres de las dos mujeres y, en segundo lugar, evaluaré las implicaciones de las alteraciones en la traducción.

Si bien la cuestión amorosa, presentada *in media res*, es el móvil que impulsa el desarrollo de la novela, para comenzar, es necesario aclarar que el conflicto existencial por el que atraviesa Cristina se origina mucho antes. Producto de un matrimonio que une dos comportamientos y culturas opuestos, como el norte y sur europeos de acuerdo con la teoría climática montesquiana, Cristina, a diferencia de sus hermanas, es un “personaje problemático” (Lukács, 1985: 311) debido a las similitudes que guarda con su madre. Desde las primeras líneas de *Una historia holandesa*, Anunciata es inmediatamente excluida del entorno holandés ya que “[u]na sola mirada era suficiente para conocer que había nacido lejos de Holanda, pues que sus cabellos negros i su tez un poco morena revelaban su orijen meridional” (*El Neogranadino* n°: 206, 1852: 141). En este punto, el narrador emprende la equiparación de las situaciones de Cristina y Anunciata al mostrarlas como dos mujeres cuyas afinidades físicas y morales las relega al interior de la familia Van-Amberg:

Cristina, su tercera hija, se le parecía. Morena como ella formaba un contraste sorprendente con las caras rozadas de sus hermanas. **El señor Van-Amberg no amaba a Cristina.** Frio, i áspero, cuando su corazón disimulaba su ternura, era severo hasta la crueldad, cuando no amaba. Cristina nunca recibió del él un beso. **La pobre niña no conocía más que las caricias de su madre**, i aun estas las recibía en secreto, mezcladas con lágrimas —**Estas dos infelices mujeres se ocultaban para amarse.** (*El Neogranadino* n°: 206, 141. Las negrillas son mías)

Del anterior pasaje se destaca que Cristina y Anunciata son puestas en un mismo nivel, medidas por el mismo rasero. A pesar de haber nacido en suelo holandés, en razón de las similitudes físicas con su madre, Cristina es tratada como una extranjera. El “contraste sorprendente” generado por su apariencia conlleva un trato de rechazo por parte de su padre e indiferencia por parte de sus hermanas. Así mismo, Cristina y Anunciata, morenas y de apariencia meridional, se ven envueltas en una relación de codependencia, donde una siempre será el refugio de la otra. Es tal la singularidad del aspecto de Cristina de cara al tipo holandés, que se resalta desde su primera aparición: “no tenía las facciones distintivas del país que la había visto nacer. Sus cabellos negros como el ébano extendidos en trenzas, guarnecían una cara llena de energía i de expresión (*El Neogranadino* n° 205, 1852: 135).

Puesta en el panorama esta primera adversidad, aparece un segundo inconveniente para Cristina: la tierra holandesa. El espacio que rodea la aparición de Cristina y Herberto es descrito

como un lugar inhóspito, sin vida, donde la naturaleza permanece en el letargo. La “casa cuadrada, aislada, silenciosa, regular i triste” de los Van-Amberg fatiga los ojos de Heberto, cuyo único reposo recae en “los árboles libres, que retoñaban a la casualidad, i sobre el agua que corría a su pié”. Justamente, “bajo esta cúpula de verdura” (*El Neogranadino* n° 205, 1852: 135) Heberto espera a Cristina, como en un oasis en medio del desierto. El entorno en que se desarrollará la trama no es un lugar idílico ni propicio para el amor y, en consecuencia, aparecen como símbolo de dos elementos recurrentes en la narración, directamente relacionados con el carácter de Cristina y Anunciata: la opresión moral y física ejercida tanto por la casa paterna como por el paisaje holandés, por una parte, y el continuo deseo de volar hacia la libertad, por la otra.

La influencia negativa del clima desborda el tópico amoroso y pesa sobre el estado espiritual de Anunciata, cuya importancia radica en que Cristina es afectada de manera parecida, debido a la estrecha relación que existe entre las dos heroínas. Una vez concluido el anterior párrafo, en que se identifican físicamente Anunciata y Cristina, el traductor omite el siguiente pasaje que explicita las repercusiones del clima sobre la salud y estado anímico de Anunciata:

De vez en cuando, la señora Van Amberg tosía con esfuerzo: **el clima húmedo de Holanda conducía lentamente a la tumba a esta mujer nacida bajo el cielo ardiente de España.**

Sus grandes ojos melancólicos se detenían maquinalmente sobre el único horizonte que desde hacía veinte años golpeaba su mirada. **La niebla y la lluvia rodeaban la casa. Ella miraba, temblaba, como alcanzada por un frío mortal,** luego retomaba su labor.²⁴ (d'Arbouville 1876, 85. Las negrillas son mías)

Esta escena, eliminada deliberadamente porque probablemente el lector neogranadino no estaría al tanto de la teoría del clima, le daría pistas sobre la causa de los padecimientos y posterior muerte de Anunciata: un entorno húmedo y monótono que soporta durante veinte años y cuya lluvia y niebla la acorralaban, empujándola lentamente hacia la muerte. Los efectos climáticos operados sobre Anunciata son casi palpables y recuerdan la imagen de una criatura encerrada en una jaula mientras rememora nostálgicamente el cielo mediterráneo. La omisión de este episodio pasa por alto uno de los pilares para la construcción del sentido dentro de la obra: el impacto directo sobre la salud tanto moral como física de Anunciata y Cristina, al permanecer prolongadamente en tierra holandesa. ¿Con qué finalidad se suprime este elemento transversal en la obra? En términos del nuevo sentido construido en la traducción al castellano, ¿podría significar que la

²⁴ La traducción es mía.

omisión de los efectos del clima holandés en la conciencia de Anunciata carezcan de importancia en el sentido?, ¿se busca sugerir que la muerte de Anunciata se debe más al sufrimiento de Cristina que a un mal que venía desarrollándose durante años a causa del imperio del clima sobre su persona?

Del mismo modo, se encuentran modificaciones que pretenderían reforzar la afinidad entre las dos mujeres, mediante una aparente complicidad presente, pero poco destacada, en la versión francesa. En la escena evocada anteriormente, Anunciata realiza trabajos manuales junto a la ventana cuando Carlos pregunta: “—Señora, en donde está vuestra hija?”. Puesto que ella desconoce su paradero, por toda respuesta deja su labor, se levanta, va hasta la escalera para llamar a voces a su hija, quien debería estar en el segundo piso. Sin embargo, la traducción da a entender al lector que Anunciata conocía el paradero de Cristina, mediante la siguiente inserción, anterior a la escena de la escalera: “era a Cristina a quien la mirada inquieta de la señora Van Amberg había tratado de descubrir en el jardín a travez de la niebla” (*El Neogranadino* n° 206, 1852: 141). ¿Sopesaría la insistencia sobre una supuesta complicidad la omisión del factor climático cuya función, al parecer, es igualar la situación espiritual de las dos mujeres?

Ahora bien, las alteraciones realizadas sobre las entregas del 10 y el 17 de septiembre, últimas publicaciones que anteceden la conclusión de la obra, son prácticamente nulas. En éstas se relata, a grandes rasgos, la separación de Herberto y Cristina, al igual que su adaptación a la vida en el convento de las hermanas de la Visitación y el carácter de la madre superiora, hermana de Carlos Van-Amberg, cuyo “corazon jamas habia sentido otra cosa que la indiferencia al mundo i piadosos deseos de volar al seno de Dios, i no sabia como era posible amar la vida” (*El Neogranadino* n° 214, 1852: 206). Sin embargo, la última entrega, divulgada el 25 de septiembre, comporta grandes transformaciones que pueden afectar la comprensión de la axiología de Cristina.

Las circunstancias que anteceden los segmentos omitidos en la traducción relatan el momento en que Guillermo, luego de haber obtenido el permiso de Carlos para unir en matrimonio a Cristina y Herberto, se dirige al convento para solicitar la libertad de su sobrina. Pero su sorpresa es grande cuando encuentra a Cristina transformada en la hermana Marta María, presta a profesar sus votos con el señor, cuyos rasgos físicos y mentales contrastan con los de la joven de sus recuerdos. Con el permiso de la madre superiora, Guillermo lleva a Cristina a la casa paterna donde Herberto espera el momento del reencuentro con su amada. Maquinalmente, Cristina se deja

conducir por su tío. Al dejar atrás las murallas del convento, encontramos la primera elipsis que presento a continuación.

La mirada de la novicia permaneció por largo tiempo vuelta hacia las murallas de su convento; luego, cuando ya no pudo verlas, cerró los ojos y pareció dormirse. Durante el viaje, Guillermo trató en vano de hacerla conversar: **una gran fatiga la agobiaba cuando se le obligaba a responder; ella pensaba, pero ya no sabía expresar sus pensamientos; toda su vida se había refugiado en el fondo de su alma. Marta María se había habituado a la soledad y al silencio, no tenía nada más que decir al mundo exterior.** Sólo murmuraba a veces:
— ¡Cómo es largo el día! Nada demarca sus horas; hoy no he escuchado una sola campana.²⁵
(d'Arbouville 1876, 241. Las negrillas son mías)

Aunque la traducción publicada por *El Neogranadino* insiste en el comportamiento maquinal de Cristina, esta omisión pasa por alto una transformación de fondo en su perfil axiológico. Ahora Cristina presenta un estado de reflexión e introspección permanente como resultado de su estadía en el convento y, en consecuencia, no sabe ya cómo expresar sus ideas en el mundo exterior. El repliegue hacia su interioridad y el desdén respecto al mundo material son elementos decisivos que comienzan a encaminar el argumento de la novela a su conclusión: Cristina se ha desprendido de todos los afectos que la aferraban al mundo y está lista para partir; el lazo amoroso que la unía a Herberto es difuso y menos importante hacia el final de la novela. El sentido de la obra parece orientarse hacia la renuncia trágica de la heroína, quien una vez abandonada decide morir y esta decisión no tiene marcha atrás. Además de éste, el traductor suprime el siguiente párrafo:

El salón estaba desierto y frío; ni libro ni obra le daban la apariencia del hogar. Desprovisto de sus últimos huéspedes, esperaba los nuevos. Se diría que los lugares tienen una vida que toman o dejan, según se llegue a ellos o de ellos se aleje. Cristina atravesó lentamente esta sala tan conocida, y fue a sentarse en la silla que permanecía cerca de la ventana que daba a la pradera. Era allí donde su madre había vivido veinte años, allí donde su infancia había transcurrido al dado de Anunciata.²⁶ (d'Arbouville 1876, 242)

A partir de esta omisión, la visita de Cristina en la casa de sus padres cambia de sentido. Desde mi punto de vista, la función de este fragmento en la versión francesa es la de confrontar a Cristina con un lugar vacío con el que ya no siente vínculo alguno. En la traducción se omite el hecho de que la casa esté vacía. Al pasarlo por alto, en la traducción, el recorrido por cada habitación podría conmoverla y provocar en ella un cambio a nivel espiritual. Así pues, no es gratuito el énfasis que hace la autora en la vida del espacio y de las cosas mientras sus ocupantes

²⁵ La traducción es mía.

²⁶ La traducción es mía.

permanecen en él y se relacionan con todo. Sin la intervención humana, el espacio y las cosas pierden su sentido, no comunican nada. Este punto de vista de la autora es eliminado al suprimir también el último fragmento de la novela, cuando Cristina visita la que era su habitación:

La ventana estaba abierta y permitía divisar los sauces y el río, **pero Marta María no vio nada de todo aquello**. El crucifijo de madera permanecía aun en el muro. De un paso rápido, la novicia se dirigió hacia él, se arrodilló, se desplomó sobre sí misma, apoyó su cabeza sobre los pies del Cristo, cerró los ojos y respiró como cuando luego de una larga fatiga se encuentra el reposo. **Ella no vio nada, ni esta morada de sus primeros años, ni el jardín que tanto había recorrido, ni el río testigo de sus amores.**²⁷ (d'Arbouville 1876, 244. Las negrillas son mías)

A mi parecer, estos apartes refuerzan la idea de una transformación mental sufrida por Cristina en el convento. Su función bien podría ser la de recalcar la inamovible “devoción” religiosa de Cristina, producto de su sentido trágico de la vida y la desilusión de la heroína, a la vez que su indiferencia ante los recuerdos de su vida pasada. Ya no siente Cristina relación alguna con el mundo, ni con el jardín en que disfrutaba de su libertad ni con el río donde experimentó por vez primera el amor. Despojada de los recuerdos de las pasiones humanas de su vida pasada, Cristina se muestra entregada únicamente a su Señor. En la traducción, por el contrario, el encadenamiento de omisiones, vistas como porciones significativas, podría evidenciar la búsqueda de un cambio en el sentido global de la obra. La omisión de estos apartes en la versión castellana parece obedecer a la necesidad de eliminar el sentido trágico de la vida de Cristina para hacerlo parecer más un motivo religioso sentimental²⁸. Para tal fin, la traducción de *El Neogranadino* añade el siguiente párrafo al final de la obra:

Este presentimiento funebre espresado de una manera solemne, fué realizado mui en breve. La hermana Marta María hizo sus votos relijiosos en el mismo dia, llevando en su cabeza por espacio de algunas horas la corona de rosas blancas. Al día siguiente esta misma corona, fresca todavía i despidiendo su aroma delicioso se hallaba colocada sobre las sienes del yerto cadaver de la hermana Marta María. (*El Neogranadino* n° 216, 1852: 223)

Es claro que el final agregado por el traductor-editor de *Una historia holandesa en El Neogranadino* nos deja ante un panorama completamente diferente al original. Si bien la debilidad física de Cristina parece conducirla a su muerte, ésta es apenas sugerida en la publicación francesa y concibe un final abierto a la interpretación del lector. En contraste, el final añadido en la versión

²⁷ La traducción es mía.

²⁸ Como veremos más adelante, el motivo amoroso, pese a todo, no se constituye en el elemento central de la trama novelesca. En mi concepto, lo más importante es la transformación vivida por el personaje en relación con la renuncia al amor, la privación de la libertad y la vida conventual.

castellana hace de la muerte de Cristina un hecho y cierra la posibilidad de una interpretación ambivalente del final. Ahora bien, ¿de qué manera podría verse afectado el sentido global de la obra mediante este cambio abrupto que transita de un final abierto a uno cerrado?

De acuerdo con Mukařovský, “la obra de arte es un signo muy complejo: cada uno de sus componentes y de sus partes vehicula un significado parcial. Estos significados parciales vienen a componer el sentido global de la obra” (2000: 308). Si analizamos los perfiles axiológicos modificados de cada uno de los personajes centrales de *Una historia holandesa* y los observamos uno junto a otro, la suma de estos significados parciales traerá, en consecuencia, un cambio en la significación global de la obra original. En primer lugar, al evaluar la transformación axiológica de Carlos, éste se torna en un ser más irracional y, por ende, más alejado del tipo holandés, cuyas virtudes radican en el triunfo de la razón sobre los elementos de la naturaleza que, figurativamente, podrían aludir al triunfo de la razón sobre las pasiones humanas. Esta característica propia de la axiología de Carlos es explícita tras la muerte de Anunciata:

Cuando el señor Van-Amberg salió del cuarto de su mujer al rayar el día, su cara había vuelto a tomar la expresión que le era habitual: **su naturaleza conmovida por un momento se había domado a sí misma i vuelto a encontrar su nivel.** Anunciata había llevado a la tumba el último grito de amor, la última lágrima de este corazón de acero” (*El Neogranadino* n° 212, 1852: 192. Las negrillas son mías)

Así pues, las transformaciones operadas en la traducción sobre el carácter de Carlos logran hacer mella en sus virtudes racionales y, gradualmente, lo exponen como un ser vulnerable a las pasiones humanas. En segundo lugar, como ya se enunció, Guillermo es un personaje transversal en la novela que, ante la severidad de su hermano, constantemente busca el bienestar tanto de Anunciata como de Cristina. La transformación axiológica de Guillermo en la traducción de *El Neogranadino*, desde mi perspectiva, podría responder a la necesidad de desacralizar sus acciones, ya que figura como el personaje con más discernimiento y juicio, cuya mediación supone la búsqueda de un punto de equilibrio entre los deseos pasionales evocados por las mujeres de rasgos españoles y el cumplimiento del deber social personificado en Carlos. En mi opinión, haber conservado las directrices religiosas en los actos de Guillermo iría en dirección opuesta a los intereses de *El Neogranadino*: la sensatez y el buen juicio son valores socialmente construidos y no deben estar arraigados al dogma religioso.

Paradójicamente, la tercera transformación que sufre la obra a nivel axiológico y que opera sobre el carácter de Cristina, es una no-transformación. Me explico. Desde el principio de la

narración, Cristina es retratada como un personaje problemático, debido a su situación existencial. Como se dijo al comienzo de este capítulo, el sentido primario de la obra se encamina a la transformación axiológica de Cristina: su abandono de las pasiones terrenales y su entrega al amor cristiano. Sin embargo, los párrafos suprimidos en el trayecto final de la traducción imposibilitan esta lectura. Si bien la traducción evidencia el comienzo de una modificación de su carácter durante la estadía en el convento, fruto de la observación y el ejemplo de la conducta rutinaria de las hermanas de la Visitación, ésta se concretaría únicamente en todos los pasajes que no fueron traducidos hacia el final de la obra. Así, el perfil axiológico de Cristina no mostraría una transformación de fondo, sino puramente sugerida, superficial. En consecuencia, debido a las omisiones, la traducción sesgaría el sentido original y nos presentaría a una Cristina menos ensimismada, menos entregada a Dios, menos radical en su abandono del mundo, y más susceptible de ser conmovida por la casa paterna, por los recuerdos de las cosas y por Herberto. A nivel compositivo, la nueva sumatoria de significados parciales configurados en la traducción, llevaría a un sentido global en el que el componente trágico se ve opacado por el sentimental.

La supresión sistemática de los rasgos que definen el carácter de los personajes principales desarticularía poco a poco el andamiaje del sentido global propuesto por la obra, antes de su traducción. Las “unidades de sentido jerárquicamente más elementales” (Lotman, 1996: 21), como el acercamiento intencional de las axiologías de Cristina y Anunciata, la alteración en los perfiles de Carlos y Guillermo y las adiciones y supresiones a lo largo de la obra comportan un significado individual y, por lo tanto, en un nivel superior de significación constituirían la formación de un nuevo sentido. Cada una de las transformaciones a nivel axiológico conduciría, a mi modo de ver, a un fortalecimiento del factor sentimental y a un debilitamiento del aspecto trágico de *Una historia holandesa*. Este proceder podría responder a un interés ideológico por parte del periódico, cuyo propósito sería la publicación de una novela con un contenido religioso transversal menos entregado al dogma que la versión francesa y más cercana de una obra puramente sentimental.

¿Puede significar el final de la versión francesa la preeminencia de la visión trágica de la heroína y la fatalidad que hace irrevocables sus decisiones mientras que el final propuesto por el traductor-editor de *El Neogranadino* tendría un significado más inclinado hacia el triunfo del componente sentimental? Considero, a partir de la totalidad de lo expuesto, que todos los cambios conscientemente realizados por el traductor conducen irremediamente a una alteración en el

sentido global de la traducción de *Una historia holandesa*, con la intención de presentarla como una obra que no apunta hacia la transformación axiológica de su heroína ni a su latente sentido trágico, sino hacia un sentido más sentimental: Cristina muere de amor y es recibida por la fe cristiana.

3. *Una historia holandesa: entre la visión trágica de la versión francesa y el sentimentalismo de la versión neogranadina*

En el capítulo anterior se reflexionó en torno a las modificaciones sistemáticas operadas sobre la traducción de *Una historia holandesa* y de qué manera éstas produjeron una transformación de su sentido original. En las páginas siguientes analizaré algunos de los problemas propuestos por la versión francesa y retomaré ocasionalmente la traducción para establecer un paralelo entre los dos sentidos. En esta perspectiva, en este acápite, busco esclarecer el sentido o sentidos propuestos por Mme. d'Arbouville en la versión francesa, sin descuidar las transformaciones operadas en la traducción colombiana.

A partir de la teoría de los climas de la época, Mme. d'Arbouville configura el carácter melancólico de Anunciata y Cristina: el origen mediterráneo de la primera no armoniza con el frío paisaje holandés, la ausencia de España desencadena una profunda melancolía heredada por Cristina y esto da lugar a uno de los vínculos más fuertes entre ellas. Desde el inicio de la narración, continuos apartes subrayan este sentimiento padecido por las dos mujeres. Cristina es presentada como una muchacha joven y bella, pero con “una profunda melancolía [que] se veía impresa sobre su semblante”, quien además reconoce en sí misma un estado espiritual equivalente al de su madre: “solamente mi madre i yo somos las personas tristes que hai en la casa” (*El Neogranadino* n° 205, 1852: 135). Del mismo modo, la aparición de Anunciata deriva de sus “grandes ojos melancólicos” (135) que maquinalmente contemplan un horizonte monótono y descolorido. La causa de la tristeza de las dos heroínas, una y otra vez evocada, es el *mal du pays*. Anunciata extraña fervorosamente a España y la vida lejos del “midi” la conduce lentamente a la muerte, pero siempre guarda silencio y nunca se opone a la vida que le ha tocado en suerte. Por su parte, Cristina, holandesa de nacimiento, se siente extranjera en la tierra que la vio nacer y experimenta el mundo en concordancia con el espíritu de su madre. Esto la lleva a tomar como suyos los anhelos y penas de Anunciata. Así lo demuestra tras la primera propuesta de escape sugerida por Herberto:

—No, no, es menester quedarme aquí!.... Herberto, este es mi país ¿i por qué es que me oprime con tanta tristeza? En sueños yo me acuerdo de otro cielo.... de otra tierra.... pero esto no es mas que un sueño! Yo he nacido aquí i no he traspasado el límite de la pradera. Es mi madre la que ha cantado cerca de mi cuna, las baladas, los voleros de Sevilla su patria; ella me ha conversado mucho de la España, i a mí me gusta este país desconocido, de la misma manera que se ama a un amigo ausente i a quien se querría ver otra vez!...” (*El Neogranadino* n° 205, 1852: 135)

El anterior fragmento, además de introducir la correspondencia entre las ambiciones de madre e hija, resume el móvil que impulsa la situación existencial de Cristina: el papel central del conflicto amoroso-pasional es apenas aparente, la heroína se halla oprimida por el contexto holandés, tanto familiar como climático, y busca desesperadamente la libertad. Bajo la atmósfera holandesa que agobia a las dos mujeres, Anunciata se muestra resignada y obediente, acepta la lejanía de su patria y la dominación de su esposo porque había aprendido que “para nosotras las mujeres no hai felicidad verdadera fuera de nuestro deber” (*El Neogranadino* n° 208, 1852: 160). Sin embargo, pese a que la situación existencial de las heroínas es similar, la naturaleza “problémica” (Lukács, 1985: 311) de Cristina la lleva a reaccionar de manera simétricamente opuesta y a revelarse contra su destino: se resiste a la opresión del entorno y busca los medios de hacer efectivos los deseos de su interioridad, en aparente contradicción con el mundo establecido. Así, se esboza una consciencia trágica²⁹ que expresa una “crisis profunda de las relaciones” entre la heroína y “el mundo social” (Goldmann, 1985: 56). Dicha conciencia aflora en el momento en que la pasión amorosa encuentra todos los obstáculos morales y sociales que impiden su realización. En este sentido, ésta resulta ser algo secundario, un motivo, para expresar un sentido absoluto de libertad. No en vano Mme. d’Arbouville dibuja en diversos pasajes la imagen del ave cautiva que se estrella contra los barrotes de su prisión para poder escapar, del mismo modo en que Cristina choca con los propósitos de su padre sin encontrar la vía hacia su libertad.

En vista de la imposibilidad de huir a otro lugar y como posible escape de la melancolía producida por la ausencia del cielo meridional y el ahogo del holandés, en mi opinión, la autora establece una relación de codependencia entre Cristina y Anunciata. En la medida que para

²⁹ Para comprender a cabalidad el concepto de “visión trágica” (y las diferentes acepciones empleadas en el presente análisis) acuñado por Lucien Goldmann en *El hombre y lo absoluto: el Dios oculto* (1985), sugiero consultar, en primer lugar, la noción de “concepción de mundo”, presente en el primer apartado del mismo libro: “El todo y las partes” (13-34). Para Goldmann, la visión trágica del mundo está compuesta por tres actores principales: Dios, el mundo y el hombre (35-108) cuya separación es imposible pues “cada uno existe y puede definirse solamente por relación a los otros dos, que a su vez sólo existen y se definen por relación a él” (81). *Grosso modo*, los elementos fundamentales de la consciencia trágica son: el carácter paradójico del mundo, la *conversión* del hombre a una existencia esencial, la *exigencia de verdad* absoluta, la *negación* de toda ambigüedad y de todo compromiso, la *exigencia de síntesis* de los contrarios, la *consciencia de los límites* del hombre y del mundo, la *soledad*, el abismo infranqueable que separa al hombre del mundo y de Dios, la *apuesta* sobre un Dios cuya existencia es indemostrable, y la *vida exclusivamente para este Dios* siempre presente y siempre ausente; y finalmente, consecuencias de esta situación y de esta actitud, la *primacía de lo moral* sobre lo teórico y sobre la eficacia, el abandono de toda esperanza de victoria material o simplemente de futuro, la salvaguarda pese a todo de la victoria espiritual y moral, la salvaguarda de la eternidad” (89. Los énfasis son del original). Pese a la síntesis anterior, considero pertinente que, eventualmente, el lector se remita al texto de Goldmann para apreciar el concepto en toda su complejidad.

Anunciata es imposible regresar a su patria y se ve obligada a soportar el peso mortal del entorno holandés, Cristina simboliza para ella el único recuerdo de España, el último lazo que la mantiene atada a una vida de sufrimientos: “una sola palabra tuya me da calor, porque mi vida es oírte, hija mía! léjos de ti es que yo tengo frio i que me siento desfallecer” (*El Neogranadino* n° 210, 1852: 175). En respuesta, Cristina se reconoce como el único resguardo de Anunciata en el entorno hostil de la casa paterna:

— ¿Si yo partiese, a quién hablaría mi madre de su querida patria? ¿Si yo partiese, quién lloraría a su lado, cuando ella lora? Tiene otras hijas, es verdad, pero ellas son alegres, dichosas i en nada se le parecen [...]. Mi madre se moriría por mi ausencia. (*El Neogranadino* n° 205, 1852; 135)

Ahora bien, retomando el primer fragmento omitido en la traducción sobre la descripción del territorio holandés, cuya función recae en la formación por contraste de los perfiles de Anunciata y Cristina y la opresión física y moral a la que las somete, la llegada de Cristina al convento revela un paralelismo entre el paisaje de Holanda y el entorno del claustro belga:

La naturaleza no se ha hecho cargo de alegrar la soledad i de hacer pensar en Dios por las bellezas creadas en el Universo. Es un rincon de tierra que nadie visita; los que han nacido allí no exigen que sea bello para amarle [...] el cielo es un poco nebuloso, i el viento de mar sopla casi que constantemente [...] una escasa verdura se mezcla de trecho en trecho con las líneas áridas del horizonte. (*El Neogranadino* n° 214, 1852: 206)

Bélgica, donde se encuentra el convento en que Cristina es recluida, y Holanda son descritas como naciones áridas, sombrías, poco agradables a la vista e incapaces de albergar la vida silvestre. En otras palabras, pese al cambio de ambiente las condiciones climáticas que inciden sobre el estado existencial de Cristina se mantienen: así como el clima holandés parece ser el origen de los padecimientos de Anunciata, Bélgica influye de manera similar sobre la vida de la heroína. En igual medida, el convento guarda semejanzas con el paisaje belga: “el pequeño espacio de cielo que se veía arriba de las paredes, estaba cubierto de nubes; las paredes ennegrecidas por el tiempo estaban mal alumbradas por la claridad del día, i todo, en este recinto, era solitario y silencioso” (*El Neogranadino* n° 214, 1852: 207). En este sentido, el recinto religioso hace las veces de prisión, de jaula, de la misma manera en que lo hacía la casa paterna y Holanda. La similitud de los espacios permite pensar que, así como el entorno holandés fue la causa de los males y posterior muerte de Anunciata, el entorno religioso operará con equivalencia sobre el destino de Cristina.

Desde este momento, Cristina parece personificar la imagen de su madre, pero reducida y agobiada por el clima belga. Así, mientras Holanda “oprimía el corazón” de Anunciata, que “muere de frío” y “en medio de las tinieblas [holandesas] continuamente echa [de] menos su querido sol de España” (*El Neogranadino* n° 206, 1852: 142), “el silencio y el reposo del convento” eran los verdugos que “mataban a Cristina” (*El Neogranadino* n° 214, 1852: 208), quien continuamente echaba de menos el aire libre del exterior. A pesar de la similitud entre los caracteres de las dos mujeres, sus reacciones ante la privación de su libre desarrollo espiritual son diametralmente opuestas. Mientras Anunciata acepta con resignación y sumisión el encierro en que la sume su matrimonio, la consecutiva privación de toda libertad y la pérdida de su identidad, Cristina se muestra insubordinada frente a la reclusión en el convento y afirma que se rebelará “contra su destino”, toda vez que quiere “ser independiente para amar i vivir al aire libre” (*El Neogranadino* n° 214, 1852: 207). Como réplica a una atmósfera opresiva que parece duplicarse mediante su viaje a Bélgica y el encierro en el convento, la “necesidad de movimiento [y] de libertad” (*El Neogranadino* n° 206, 1852: 142) redobla sus fuerzas y se prefigura como exigencia de libertad absoluta.

Si bien Cristina es principalmente melancólica debido al influjo de su madre, su idea de libertad la lleva a asumir actitudes trágicas, en el sentido goldmanniano de la expresión. Se trata de un personaje que no admite los claro-oscuros, hecho que se corrobora en el texto en el momento en que la voz narrativa la compara con Ofelia, la heroína de Shakespeare en *Hamlet*. A la manera de las heroínas racinianas, ante la imposibilidad de realizar sus aspiraciones, Cristina evocará constante la muerte. En efecto, si de acuerdo con Kristeva y Bajtín, consideramos que “todo texto se construye como mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto” (Kristeva, 1997: 3), la descripción de Cristina “[s]entada sobre el tronco del árbol en medio de las ramas i mui cerca del agua, como la Ophelia de Shakespeare” (*El Neogranadino*, n° 205, 1852: 135) más que una alusión hecha por Mme. d’Arbouville a *Hamlet*, arrojaría pistas sobre la situación existencial de Cristina y su posible vínculo anímico-espiritual con la heroína trágica shakesperiana.

En perspectiva, la situación de las dos mujeres sería similar. Un primer rasgo que llama mi atención es la comparación que Hamlet establece entre Polonio, padre de Ofelia, y Jefté, personaje bíblico. La tradición cristiana relata, *grosso modo*, cómo Jefté promete a Jehová el sacrificio de quien primero cruce las puertas de su casa en el momento de su regreso a Israel

después del enfrentamiento con los amonitas, si llegara a triunfar sobre ellos. Al volver con la victoria en sus manos, Jefté ve a su única hija atravesar primero la puerta y, en cumplimiento del deber impuesto por el honor de su fe, se ve obligado a entregarla en holocausto (Jueces: 11-12). Paralelamente, y guardando las justas proporciones, el negociante Carlos Van-Amberg, movido por la obligación de mantener el estatus de su apellido ante las aspiraciones de Herberto, pretendiente sin “sin fortuna i sin posición” social que aspira casarse con “la señorita Van-Amberg” (*El Neogranadino* n° 210, 1852: 176), decide sacrificar la vida y libertad de Cristina. Para él, lo más importante es el honor y el sentido de clase que lo obliga a hacer lo socialmente correcto, entre otras cosas, no casar a su hija con alguien sin fortuna y sin condición social. El primer obstáculo que encuentran los enamorados es precisamente el de los prejuicios sociales que lleva a Carlos a recluir a Cristina en un convento. Este evento se constituye en el detonante de la narración y la acción.

Más aún, no es ésta la única peculiaridad que emparentaría a las dos heroínas, también lo haría el intenso sentido trágico de sus vidas. A nivel textual, la escena de Cristina sobre el sauce rememora claramente el episodio del accidente-suicidio de Ofelia en *Hamlet* (acto IV, escena VII), quien tras caer al arrollo sigue cantando sin preocuparse por su inminente muerte, olvidada de sí. Cristina, por su parte, actúa con desdén hacia su persona y evidencia una concepción trágica del amor, deseando “amar hasta morir” (*El Neogranadino* n° 210, 1852: 176) o “morir por [Herberto], no para salvarle la vida, porque esto sería mui sencillo, i mui fácil, sino morir inútilmente porque solo [...] diga él: “muere!” (*El Neogranadino* n° 208, 1852: 160). En concordancia con este punto de vista, a la manera de las heroínas trágicas, Cristina constantemente evoca la muerte y contempla la posibilidad del suicidio en dos ocasiones. En la primera, mientras encerrada en su cuarto por orden de su padre, permanecía junto a su ventana abierta

con el cuerpo inclinado hácia fuera i los brazos estendidos hácia el espacio sin sentir siquiera que tenía frío. Ella hacía lo mismo que los pájaros que se golpean contra los barrotes de una jaula sin esperanza de salir i se inclinaba con el riesgo de caerse. El aire y el vacío tenían un atractivo magnético para su cabeza exaltada, de suerte que tenía necesidad de un grande esfuerzo de su razón para no abandonarse al deseo de dejarse caer. (*El Neogranadino* n° 210, 1852: 175)

El anterior aparte tiene una función indispensable para la construcción del sentido: no sólo da a conocer de manera explícita el sentido trágico que Cristina tiene de la vida, sino que también esboza una estrecha relación entre su deseo de libertad y la muerte. Por tal motivo, me

inclino a pensar que la conclusión de la versión francesa de *Una historia holandesa* no apunta a la redención religiosa de la heroína como un acto de fe, sino a la expresión rotunda de un sentido absoluto de la libertad. Este sentido es tan fuerte que lleva a Cristina a adoptar una actitud rebelde frente a las normas socialmente establecidas de su contexto. Su naturaleza problémica, en disonancia con el mundo, pretende imponer, mediante una consciencia trágica, la libertad inmanente a la individualidad de sus deseos ante las normas exteriores que ya no pueden guiarle: “el individuo no encuentra en el espacio ni en la comunidad ninguna norma, ninguna directiva capaz de guiar sus pasos”, los deseos de su alma no encajan en el mundo “[a] pesar de que la armonía y el acuerdo existen en el plano natural y social” (Goldmann, 1985: 49). Vemos cómo se moldea el deseo de lo absoluto en el espíritu de Cristina, quien experimenta una profunda desilusión y empieza a percibir la “insuficiencia radical” (49) del mundo. Como veremos más adelante, este deseo de lo absoluto desembocará en su desprendimiento del mundo y el abrazo de la vida religiosa, pero no de manera mística sino como resignación. La renuncia a la vida mundana se debe más a un profundo desencanto, en particular, el provocado por la traición de Herberto. Su enamorado no está a la altura de sus aspiraciones de amor absoluto, hecho en el que profundizaremos más adelante. La siguiente ocasión en que Cristina contempla el suicidio tiene lugar durante la huida por el río en compañía de Herberto. Cuando Carlos alcanza la embarcación de los enamorados, Cristina parece recordar las palabras de Herberto “necesitamos vivir o morir juntos” (*El Neogranadino* n° 212, 1852: 192) y exclama:

Herberto [...] te digo que estamos perdidos! no ves a mi padre? Tú sabes muy bien que ya es inútil toda resistencia, ¡ Dios no hará un milagro en nuestro favor.... Herberto, yo no quiero volver a la casa de mi padre, él nos va a alcanzar ¡ a separarnos para siempre! Haz zozobrar esta barca, muramos juntos, querido Herberto! (*El Neogranadino* n° 213, 1852: 200)

La negativa de Herberto ante la propuesta de morir juntos, como los héroes del *Romeo y Julieta* shakespeariano, simbolizaría una traición al amor prometido entre los amantes y tendría consecuencias hacia el final de la novela, cuando Cristina decide morir como último escape hacia la libertad. De manera similar a la enloquecida Ofelia, quien sin uso pleno de sus facultades mentales olvida su bienestar y continúa cantando antes de morir ahogada, el sentido trágico en Cristina la conduce a desear la muerte, como gesto de libertad, en un sinnúmero de ocasiones tras verse privada del amor de Herberto. A pesar de haber expresado incansablemente su deseo de morir por amor, esta conducta se acentúa al encontrar truncados sus deseos de ser feliz en la tierra, después de la separación definitiva de Herberto y su posterior reclusión en el convento.

El deseo de libertad se combina, en este punto, con su actitud trágica frente a la vida. Tan pronto Cristina es recluida en el convento su mayor anhelo es recobrar la libertad para regresar con Herberto. Sin embargo, este deseo se va a pique cuando la Superiora le comunica que, pese a todas las promesas de amor, Herberto accedió a la petición de Carlos y partió hacia Batavia. En consecuencia, la actitud trágica de Cristina, impulsada por dicha desilusión amorosa, toma las riendas del carácter de la heroína y desemboca en un profundo sentido de resignación. Por esto, como respuesta a la información suministrada por la Superiora, Cristina repone que “[a]hora [...] me son indiferentes todos los lugares, todos los vestidos son iguales a mis ojos. Herberto me ha abandonado i ha consentido en nuestra eterna separacion!” (*El Neogranadino* N° 214, 1852: 207). Tras esta decepción, Cristina se encamina en el sendero de la renuncia y la muerte. Este momento de ruptura, de “*negación* radical del mundo y de la vida” (Goldmann 1985, 413), convierte a Cristina en un personaje trágico. La entrada al convento y el viaje de Herberto rompen los lazos que la heroína tenía con el mundo. Este será un último vistazo a sus afectos terrenales.

Ahora bien, una de las primeras expresiones de la resignación en el ánimo de Cristina se manifestaría en una probable pérdida de identidad, sentido ausente en la traducción al castellano debido a las supresiones ejercidas sobre el final de la narración. Al igual que Anunciata comenzó a desprenderse de su identidad en Holanda, pasando a llamarse “Señora Van-Amberg”³⁰ dejando de lado su comportamiento típicamente español, Cristina fue sometida a un cambio análogo: ya no era llamada por su nombre sino como “hermana Van Amberg, que parecía decirle que ya no era Cristina como en otro tiempo” (*El Neogranadino* n° 214, 1852: 207) mientras que su conducta pasional experimentaba la dominación del claustro. Las costumbres practicadas por las hermanas de la visitación despojarán paulatinamente a Cristina de todos sus rasgos distintivos: cambia su apariencia física, al asumir por obligación el hábito religioso de postulante y demás elementos que esto implica, y somete su comportamiento, obligándola a cumplir con las rutinas de recogimiento que aplacan la vivacidad y fuerza de su naturaleza española.

Cristina se rehúsa a perder su libertad, animada por el ímpetu de su espíritu: no existen tonos grises ni matices en su proceder. Por lo tanto, se promete “llorar por siempre” ante la necesidad de “vivir con Herberto” y si resulta imposible regresar a los brazos de su amante la única

³⁰ La versión francesa especifica que durante años Carlos no había pronunciado el nombre de Anunciata y solo volvió a hacerlo luego de su muerte.

solución es “morir” (*El Neogranadino* n° 215, 1852: 215). Esta ausencia de tonos medios en sus decisiones, fruto del desarrollo de una visión trágica de la vida que acentúa la fuerza de su carácter, la lleva a abrazar la muerte como única salida, como alegoría de la libertad largamente soñada. La relación entre libertad y muerte es revelada durante una conversación entre la Superiora y Cristina, cuando aquella pregunta: “¿os parece aquí la vida mui dura?” a lo que esta responde “[s]i, [...] la vida es mas pesada para mí que lo que puedo soportar; yo **quiero ser libre**” (*El Neogranadino* n° 214, 1852: 208. El énfasis es mío). Lo trágico de tal deseo de “libertad” podría interpretarse con la ayuda del famoso monólogo de Hamlet:

¡Y pensar que con un sueño damos fin al pesar del corazón y a los mil naturales conflictos que constituyen la herencia de la carne! [...] ¡Morir..., dormir! [...] ¡Porque es forzoso que nos detenga el considerar qué sueños pueden sobrevenir en aquel sueño de la muerte, cuando nos hayamos librado del torbellino de la vida! ¡He aquí la reflexión que da existencia tan larga al infortunio! Porque ¿quién aguantaría los ultrajes y desdenes del mundo, la injuria del opresor, la afrenta del soberbio, las congojas del amor desairado, las tardanzas de la justicia, las insolencias del poder y las vejaciones que el paciente mérito recibe del hombre indigno, cuando uno mismo podría procurar su reposo con un simple estilete? ¿Quién querría llevar tan duras cargas, gemir y sudar bajo el peso de una vida afanosa, si no fuera por el temor de un algo, después de la muerte, esa ignorada región cuyos confines no vuelve a traspasar viajero alguno, temor que confunde nuestra voluntad y nos impulsa a soportar aquellos males que nos afligen, antes que lanzarnos a otros que desconocemos? (Shakespeare, 2010: 50)

Del mismo modo que el héroe shakespeariano, Cristina comprende que ahora el único escape de sus padecimientos, de la desilusión amorosa y de la injusticia del mundo que la rodea está en sus manos. Sin embargo, su intenso sentimiento religioso le impide tomar la solución por mano propia y, resignada, decide entregar lo que queda de su vida al servicio de El Señor, con la esperanza de morir joven al igual que una monja compañera, cuya historia de amor similar a la suya enseña a Cristina la belleza que rodea a la muerte:

La verdadera muerte de la religiosa llega en el mismo día de su profesión, y la otra muerte no es mas que el momento del reposo i de la recompensa.

[...]

— Si nuestra vida os parece triste, nuestra muerte os debe parecer apacible.

— Madre mia, respondió Cristina, yo quiero morir! (*El Neogranadino* n° 215, 1852: 215).

En consecuencia, aparece ante nuestros ojos una de las características más llamativas en *Una historia holandesa*: el sentido de lo trágico y la fe religiosa comparten de manera ambivalente la escena. Esta ambivalencia, que desemboca en una ambigüedad de cara al carácter de Cristina, puede ser una acción deliberada por parte de la autora para la configuración de un final abierto en el que el lector se vea obligado a preguntarse: ¿muere Cristina por amor?, ¿muere porque su sentido

de obediencia es tan profundo que ha decidido renunciar al mundo y sus pasiones? Tal ambivalencia ya había sido captada por Sainte-Beuve en “Sur l’amour et sur les femmes”, aparte de un diario del autor que fue publicado en la revista literaria *Revue des deux mondes*:

Una historia holandesa encanta por su verdad y delicadeza en los dos primeros tercios: el último, a partir del convento, es discutible. Para mí, encuentro que la autora no ha sabido tomar partido. Había dos maneras de presentar el final: bien sea mostrando el triple resultado de la nada, incluso de los grandes dolores; bien sea haciendo ver al amor divino como triunfante sobre todo, incluso sobre el más grande amor. [...] Lamento, por lo tanto, no haber podido ver la realidad humana más rigurosamente destacada o la transfiguración divina más pasionalmente consumada y radiante. En lugar de esto, se permanece en el camino entre el cielo y la tierra, se está un poco en la posición de un ángel de la ópera que, elevándose, permanece colgado de una cornisa. Es lamentable para el lector. Tal no debe ser el efecto del arte, sobre todo en las manos de tan amable talento.

[...]

En cierto momento de la narración se entrevé que la autora también tuvo la idea de que Cristina (a causa del error de su madre) no debía encontrar su lugar en ninguna parte sobre la tierra, ni en el mundo, ni en el convento, y que solamente debía morir³¹ (1926 310-311).

Llama la atención que Sainte-Beuve identifique esta dualidad interpretativa como una debilidad en la novela de d’Arbouville que, además, resulta ser lamentable para el lector. Sin embargo, lo que otrora Sainte-Beuve consideró un error, al permanecer a medio camino entre el cielo y la tierra, aquí lo percibo como un rasgo destacable. De acuerdo con mi interpretación, la estrategia narrativa de la que se vale la autora para poner en el panorama el sentido ambivalente de la obra recae sobre dos momentos específicos. Por una parte, el aislamiento de Cristina y, por la otra, su posterior confrontación con el mundo, personificando a la hermana Marta-María.

Las herramientas textuales que permiten al lector una lectura ambivalente aparecen hacia el final del quinto capítulo de la versión francesa³². El rechazo de Cristina hacia el hábito de postulante religiosa se manifiesta abiertamente en todo momento y su “naturaleza salvaje” e indomable, ante la insistencia de las enseñanzas de la Superiora, guarda silencio, pero esto no indica que “su corazón estuviese sumiso” (*El Neogranadino* n° 215, 1852: 215). Sin embargo, líneas antes de la conclusión de este episodio, la voz narrativa agrega que luego de experimentar por algún tiempo la vida cotidiana del convento “Cristina vio todo esto; pero nadie le dirigió pregunta alguna, i lo que pasó en su corazón no pudo saberlo ningún ser humano sobre la tierra”

³¹ La traducción es mía.

³² Mientras la versión francesa se divide en capítulos, seis en total, la traducción publicada por *El Neogranadino* es presentada de manera continua, sin segmentaciones, salvo por los cortes necesarios de cada una de las doce entregas, que no corresponden con la división por capítulos original.

(215). Esta última acotación, antes de la pausa de cinco años que abre el sexto capítulo y de la que el lector no conoce detalles, implica una primera ambigüedad que abre interrogantes en la lectura: durante este tiempo, ¿aprende Cristina a aceptar la vida religiosa mediante el ejemplo de la costumbre?, ¿olvida sus aspiraciones?, ¿pierde su ferviente deseo de libertad?, ¿encuentra la fe?, ¿mantiene Cristina una posición rebelde contra su destino y buscará la libertad a como dé lugar?

De cara a este panorama interpretativo bifurcado, la autora parece jugar con la ambivalencia entre la fe y la visión trágica del mundo de la heroína en el capítulo final. Para sorpresa del lector, en este capítulo, encuentra a Cristina espiritual y físicamente transformada, ensimismada, su yo se ha replegado sobre sí misma y no deja percibir lo que ha sucedido y sucede en su interior. La visión trágica del mundo de la heroína afecta no solo la “trama” (Todorov, 1975: 61), sino también la estructura narrativa, pues la autora ordena la novela de forma parecida a un drama trágico, dividiendo la acción en escenas: el lector es llevado de una situación a otra, introducidas generalmente por espacios y tiempos diferentes y sin una sensación de continuidad entre ellas. Incluso, Wilhelmina canta a manera de un coro que comenta la acción y el destino de los personajes. Es más, luego de una elipsis de cinco años, la narradora no acota comentarios y deja que el lector interprete la actitud de Cristina. Este cambio inesperado funciona como la peripecia en una obra dramática: encontramos una Cristina que ha renunciado a la vida mundana y se encamina deliberadamente hacia la muerte. Si bien no se trata de un suicidio, la imposición de una consciencia trágica es indicio de un renunciar al mundo y a la vida terrenal y, en consecuencia, la heroína decide morir el día de la profesión de sus votos.

Desde otro punto de vista, el silencio que guarda la narración ante una eventual transformación en el carácter de Cristina durante los cinco años de reclusión en el convento posibilitaría todavía más una interpretación ambivalente de la obra: de ahora en adelante las acciones de Cristina seguirán un curso irregular que varía entre la devoción religiosa y una naturaleza pasional. Por consiguiente, el lector eventual nunca tendrá plena seguridad sobre las transformaciones operadas sobre su carácter, y si sus acciones significan una entrega devota al servicio de Dios o una actitud trágica irrevocable que conserva su naturaleza pasional pero se rehúsa a dar marcha atrás. Ante este panorama cabe preguntarnos, ¿cuál es el interés de la autora al configurar una obra que se presenta cada vez más abierta a la interpretación?

Es probable que esta configuración del sentido haya sido producto indirecto del devenir histórico por el que atravesaba la República francesa de la época, principalmente en lo relacionado

con la racionalización extrema del siglo de las luces, que condujo al olvido de la espiritualidad del ser humano. Del mismo modo, las relaciones entre la república francesa y la Iglesia católica eran inconstantes³³. Si bien el pensamiento moderno confiaba en la razón como único pilar del progreso humano y proponía una república laica, la religión católica constituía una tradición cultural enraizada en la individualidad de la comunidad francesa. Por esta razón, el ateísmo en la Francia de comienzos y mediados del siglo XIX era prácticamente inexistente. Sin embargo, aunque la razón es importante en la existencia del hombre y es un motivo de orgullo, ésta “*no es todo el hombre, y, sobre todo, no debe y no puede bastar para la vida humana*” (Goldmann, 1985: 48). Bajo estas condiciones surge el romanticismo como movimiento a favor del progreso social y de la espiritualidad en el hombre, buscando un punto medio entre la razón y lo trascendente. En este orden de acontecimientos, Mme. d’Arbouville, al igual que otros autores de su contexto sociohistórico, percibirían la ambigüedad de un período que se debatía entre los ideales de la razón y el impulso de las pasiones; ambigüedad de carácter espiritual encarnada por la dualidad trágico-sentimental y religiosa de la obra, que Sainte-Beuve concibe como un error en la configuración de la novela. No en vano Léon Séché se refiere a d’Arbouville como “un alma del siglo XVIII que habría sido bañada en las aguas espirituales del siglo XIX, alma sentimental y sensata, alternadamente jovial y melancólica”³⁴ (1999:10). En consecuencia, la confusión espiritual de la época y la incertidumbre respecto al futuro pudieron imprimirse, ya sea consciente o inconscientemente, en producciones literarias como *Una historia holandesa*.

Por otro lado, lo trágico-sentimental y lo religioso se apoderan de las últimas escenas y tienden a intercalarse sucesivamente desde la visita a la casa paterna hasta el regreso al convento y la conclusión de la obra. El sentido religioso se manifiesta cuando Cristina es presentada al lector bajo un estado continuo de introspección, herramienta que le permite aislarse del mundo. Los objetos terrenales, animados o inanimados, en apariencia no afectan ya su alma: abandonada ante los pies del crucifijo de su antiguo cuarto, Cristina “no ve nada, ni esa habitación de sus primeros años, ni el jardín que tanto había recorrido, ni el río testigo de sus amores”³⁵ (d’Arbouville, 1876:

³³ Desde el concordato de 1801 entre Napoleón y el papa, en el que los dos monarcas se reconocen mutuamente como soberanos, la relación entre la Iglesia y la república francesa es fluctuante, hasta su separación definitiva. Así, durante la Restauración la religión católica se establece como la religión oficial, pero luego, tras el movimiento revolucionario de la Monarquía de julio, se separa nuevamente del Estado.

³⁴ Traducción propia.

³⁵ Traducción propia. Suprimida en la traducción de *El Neogranadino*.

244). En consecuencia, el sentido trágico se refuerza, gracias a la radicalidad evidenciada por su carácter. Cristina parece abandonar un mundo que se opone a la realización de “valores substanciales y absolutos” (Goldmann, 1985: 67). Esto significaría un regreso a “la *moral* y a la *religión*” en el sentido más amplio de la palabra, a la “fe” como “conjunto de valores que *trascienden al individuo*” (48): el mundo se hace pequeño ante las exigencias del alma que solo puede realizarse en la trascendencia. Sin embargo, la aparente conversión de Cristina no es completa. La posición del “sí y no trágico” (68) de la heroína respecto a su comprensión del mundo representa una ambigüedad ante él: “por una parte, la presencia de los objetos visibles” conmueve su alma “más que la esperanza de los invisibles” (68): la presencia de los objetos de la casa paterna crea cierta tensión en su psiquis, pero es evidente que una fuerza trascendente (Dios, la libertad) hacen que los rechace.

La confrontación de Cristina con el mundo exterior se presenta, de manera ambivalente, como anhelo y aversión: los objetos mundanos no consiguen tocar su alma y sin embargo la conmueven hasta la muerte. La escena de una Cristina imperturbable por los recuerdos, con la cabeza apoyada en los pies del crucifijo “como un exiliado que vuelve a su patria”³⁶ (1876: 244), y la debilidad mortal producto de ver nuevamente a su amante, son expresión del sentimiento ambiguo y contradictorio que la invade. La paradoja de este “sí y no trágico” se hace clara cuando, luego del reencuentro con Herberto, Cristina vuelve al convento:

—Oh, madre mia! exclamó Cristina, que volvía a sentirse capaz de llorar, i que lloraba como en los días de su infancia; le he vuelto a ver i le he abandonado..... Vedme aquí! Señor, vedme aquí! [...] vengo a cantar vuestras alabanzas, a orar i a servirlos hasta el fin de mi vida (*El Neogranadino* n° 216, 1852: 223)

Vemos aquí a una Cristina que a pesar del tiempo transcurrido experimenta de nuevo los impulsos de su antigua naturaleza y, aunque su alma pareciera debatirse entre lo terrenal y lo divino, la inmanencia y la trascendencia, mantiene una postura radical de renuncia hacia la vida y lo mundano, mientras expresa la convicción de su entrega al servicio de Dios. Sin embargo, esta postura no podría estar más apartada de cualquier imaginario de redención. La búsqueda de valores absolutos por parte de la heroína trágica facilita la solución a esta tensión: para el pensamiento trágico, afirma Goldmann, el mundo de la vida cotidiana es ilusorio y ambiguo; la “substancia, los valores esenciales, lo verdadero, el bien, la felicidad, están situados ahora en un mundo *inteligible*”

³⁶ Traducción propia. Suprimida en la traducción de *El Neogranadino*.

(1985: 61) que se opone al mundo de la vida de cada día. No obstante, a pesar de lo efímero y limitado que el mundo pueda ser para la voluntad absolutista de Cristina, estará condenada a permanecer en él y, por ello, su existencia solo podría concebirse como un “vivir sin participar ni gustar” (67) del mundo.

Sin embargo, los apartes que simulan alejar el corazón de Cristina de todo afecto terrenal, mediante su indiferencia ante el mundo durante la visita de la casa paterna, son cercenados en la traducción de *El Neogranadino* y, paradójicamente, al no contar Cristina con una postura lo suficientemente drástica, el sentido trágico se distiende y se crea una concepción más sentimental-religiosa de la obra: el lector halla una heroína conmovida y debilitada por el presente, por el regreso a la casa familiar y por el encuentro con su antiguo amante. Igualmente, este proceder dificulta una interpretación ambivalente que alterne entre lo trágico y lo religioso, dándole más peso a este último. Más aún, ¿podría la ambivalencia expuesta en Cristina corresponder a la “ambigüedad estructural” (Calinescu: 42) del hombre moderno que se debate entre los ideales de progreso mientras ancla su moralidad en directrices religiosas?, ¿la elección de la muerte como escapatoria podría interpretarse como el drama del sujeto incapaz de elegir entre lo uno y lo otro?

Entendido el aspecto trágico de su carácter, es posible comprender por qué la Cristina presentada en la versión francesa, aunque conmovida, no expresa amor hacia Herberto luego del reencuentro: la visión trágica de la heroína hace irrevocable la resolución de entregar su vida al Señor y a la muerte para conseguir su libertad, “la suerte está echada [y] no es posible conciliación alguna entre el hombre y el mundo” (Goldmann, 1985: 414). De esta manera, Cristina se convierte en una heroína trágica impelida por la exigencia de valores absolutos irrealizables en la tierra, que se traduce en su actitud radical del “todo o nada” y el desconocimiento de “grados o matices” (82). Por esto, la libertad no existe más en el mundo y no puede ser otra que la propiciada por la muerte; por esto, el amor de Herberto, de los hombres, ahora será insuficiente y Dios se presentará como única respuesta a la exigencia del amor absoluto.

Ahora bien, pese a que la ambivalencia introducida por la autora empujaría al lector a una interpretación religiosa, me atrevería a afirmar que el sentido expresado en la obra es puramente trágico: la entrega de Cristina al servicio de Dios no es por vocación, es un escape, una salida. Según Goldmann, “nada es más importante para la espiritualidad y la mística teocéntrica que la **separación progresiva del mundo, el camino del alma hacia Dios hasta el momento del cambio cualitativo** que transforma la experiencia de espiritualidad en experiencia mística (82). El

énfasis es mío). El vacío alrededor de la situación existencial de Cristina, favorecido por la elipsis de cinco años entre los capítulos quinto y sexto, significa la abolición de toda transición espiritual y, en consecuencia, no hay espacio para la concepción de un cambio cualitativo gradual en su alma. La espiritualidad y el misticismo son “inexistentes e inconcebibles” (82) para la consciencia trágica pues, sin importar el grado de rechazo del hombre hacia el mundo, la distancia que lo separa de Dios sigue siendo “infinita hasta el instante en que, bruscamente y sin transición” su consciencia “inauténtica se convierta en esencial” mediante la muerte (82). Es probable que el refuerzo de la consciencia trágica, a través del silencio ante la más mínima sugerencia de cambio transitorio de un estado espiritual a otro, haya sido uno de los motivos para que la autora no pronunciara detalle alguno sobre la existencia de Cristina durante su encierro en el convento.

Compelida a habitar en el mundo hasta el momento de la verdadera transformación en la trascendencia, el alma trágica que busca a Dios estará infinitamente separada de él. Por lo tanto, en la vida terrenal la presencia de Dios es también su ausencia. Ante los ojos del héroe o heroína trágicos, Dios está siempre ausente-presente, se convierte en el espectador cuyas palabras y acciones nunca se relacionan con los actores de la comedia humana (51): aunque Cristina conozca las directrices divinas y clame el auxilio celestial, su condición de soledad en un mundo variable las torna irrealizables. Dicho esto, Cristina no abraza la vida religiosa a manera de consuelo o influenciada por la costumbre de la vida en el convento, sino como medio para satisfacer una necesidad egoísta y puramente individual de valores absolutos.

La versión original y la traducción se separan en este aspecto: el mensaje comunicado por cada una de ellas no es el mismo. Mientras la versión francesa expresa en su “sentido global” (Mukařovský 2000: 91) un sentido trágico en la transformación de la heroína que pasa radicalmente del amor a la vida y a la libertad a un estado de resignación en la vida religiosa, por la otra parte, la versión castellana medra, mediante las transformaciones en la traducción, la fuerza de lo trágico y su sentido se desvía hacia una acentuación de lo religioso-sentimental. Mientras que en la versión francesa se mantiene una tensión entre la visión trágica de la vida de la heroína y la fe religiosa, en la castellana se insiste solo en esta última y en el tópico sentimental.

En otro orden de ideas, tratar de comprender la inserción de la traducción en el contexto neogranadino, tras evidenciar una probable transformación del sentido al pasar de una lengua a otra, me despierta una serie de inquietudes: ¿notó el traductor el sentido trágico de la versión francesa?, ¿a qué se debe el tránsito de un sentido trágico a uno más religioso-sentimental?, ¿cómo

se relaciona este proceder con las dinámicas histórico-políticas de la época? Para resolver estos interrogantes es necesario retomar el contexto histórico-cultural del momento de publicación de *Una historia holandesa* en la República de la Nueva Granada.

La paulatina desaparición del poder de la corona española en la incipiente República de la Nueva Granada llevó al replanteamiento de las relaciones entre el Estado y la institución católica. Facultades como el patronato tuvieron continuidad, como si se tratara de un derecho heredado por las naciones soberanas (Cortés, 2016: 83) y no un favor otorgado por el Vaticano. Sin embargo, éste determinó una nueva configuración de las “funciones que cada uno de ellos debía tener en relación con el otro” (82). Pese a las tensiones generadas entre Iglesia y Estado a partir de la aplicación del nuevo patronato republicano (88) de comienzos de siglo, la religión católica “se hallaba encarnada en la vida social y política de la época” (González, 1997: 134), por lo que gozaba de una gran aceptación entre los sectores populares. Hecho que desencadenó una pugna entre realistas y revolucionarios, con el fin de hacerse con el poder de la religión para utilizarla como ficha política. Este conflicto de intereses tuvo continuidad hasta mediados del siglo XIX³⁷, pasando por los gobiernos de Márquez y Herrán, y se agudizó bajo el gobierno “teóricamente conservador” (146) de Mosquera (1845-1849), quien arremetió contra el poder económico de la iglesia. Este enfrentamiento, enmarcado por las reformas liberales de medio siglo, encontró su punto más álgido en el gobierno de José Hilario López (1849-1853), cuyas reformas tuvieron como resultado la alienación de la Iglesia con el partido conservador dándole “a éste la bandera de la defensa de la causa de la Iglesia” (152). En consecuencia, las nuevas posturas partidistas dieron paso al agudo debate que giró entorno de la cuestión religiosa y de la hispanidad (Padilla, 2008) en los asuntos de la vida política y cultural de la República de la Nueva Granada.

Sin embargo, no todos los intelectuales de la época, tanto de un bando como del otro, consideraban la cuestión religiosa como un asunto de radicalismos. Al respecto, González señala que durante el mismo siglo XIX³⁸ “hubo serios intentos de entender y superar el conflicto” (1997:

³⁷ Aunque 50 años de historia en el devenir de una nación incipiente comportan una variedad extensa de transformaciones en todo nivel, la presente reflexión pretende hacer énfasis en la favorabilidad de la que gozaba la religión católica entre la opinión pública, es decir, la del pueblo neogranadino. Para profundizar en los diferentes matices de la relación Estado-Iglesia, durante la primera mitad del siglo XIX colombiano, quiera el lector remitirse a las primeras tres partes de *La batalla de los siglos. Estado, Iglesia y religión en Colombia en el siglo XIX. De la Independencia a la Regeneración* (Cortés, 2016).

³⁸ Tal es la profundidad y complejidad de la cuestión religiosa en el espíritu neogranadino que pese a las diferentes transformaciones sociopolíticas que tuvieron lugar al paso de los años, medio siglo después, aún se comprende como incongruente ser abanderado liberal y profesar la fe católica. Al respecto, Rafael Uribe Uribe explica, en *De cómo el*

122). Es factible que en línea con este pensamiento, *El Neogranadino*, periódico del ala radical del liberalismo republicano y dirigido por Manuel Ancízar, Salvador Camacho Roldán y Florentino González, decidiera publicar la traducción de *Una historia holandesa*, cuyo alto contenido religioso evidencia una actitud menos drástica hacia la religión católica. Esto respaldaría la hipótesis de González: incluso en el corazón del debate sobre la cuestión española y la religiosa, algunos de los implicados logran situarse por encima de su contexto histórico para apreciar de manera más crítica el papel de la religión católica en el alma de la sociedad neogranadina e intentan separar los intereses partidarios de los espirituales.

Como se ha dicho en el primer capítulo de este escrito, de acuerdo con las circunstancias históricas objeto de esta investigación, el papel de la prensa es fundamentalmente político; por lo tanto, la publicación de *Una historia holandesa* constituiría en sí un acto político en el panorama de su aparición. ¿Por qué se decide publicar una obra como esta en un periódico de tendencia liberal radical? Una hipótesis que me permito arrojar está relacionada, precisamente, con el presunto ateísmo del que se acusa al partido liberal. Desde esta perspectiva, *Una historia holandesa* podría leerse, no solo como una respuesta del liberalismo radical ante los ataques conservadores, sino también como una comprensión más profunda del fenómeno religioso dentro de la vida cotidiana del ciudadano neogranadino: en vista de la autoridad, influencia y aceptación de las que goza la religión, una vez despojada de los conflictos partidistas, esta podría ser el aliciente que propicie la cohesión de los diversos estamentos que entrarían a componer la nueva república. Los editores de *El Neogranadino* percibieron el beneficio de la religión dentro de su proyecto de nación y, por esto, más allá de viciar y excluir de sus publicaciones toda práctica católica, parecen querer utilizar el cristianismo como medio para la unidad nacional³⁹.

Curiosamente, pese a que he tratado de demostrar en este capítulo que la visión trágica del mundo ha sido atenuada en la traducción publicada por *El Neogranadino* en aras del fortalecimiento de un sentido religioso-sentimental, parte de los intereses ideológicos de la tendencia liberal radical se relacionan íntimamente con esta concepción de mundo. En efecto,

liberalismo colombiano no es pecado, que es una “injusticia [...] negar el título de católicos a quienes lo estiman y veneran porque admiten, profesan y practican íntegras y en todas sus consecuencias las prescripciones de la Iglesia: es obra docente enseñarles a explicar satisfactoriamente el nombre liberal, sin contradicción alguna con el de católico, de modo de poder enorgullecerse de ambos sin que se les pueda tachar de incoherencia” (1912: 4-5).

³⁹ No hay que olvidar que, tal como lo presenta González, el partido liberal no se enfoca únicamente en la religión cristiano-católica, sino que resalta la tolerancia religiosa y la libertad de conciencia con el fin de favorecer la llegada de extranjeros europeos y norteamericanos a la República de la Nueva Granada (González, 1997: 134).

Goldmann destaca que una parte esencial del hombre trágico apunta a la creación de los valores éticos y morales a partir de la individualidad “egoísta” (1985: 49) del sujeto, frente a la imposibilidad de encontrar alguna norma, tanto en el espacio como en la comunidad, que sea válida para guiar sus pasos. En este mismo orden de ideas, Dios es concebido como siempre presente y ausente para el neogranadino liberal: los preceptos “naturales” del ordenamiento arraigados a su cultura son, en principio, aceptados, siempre y cuando se disocie de los acontecimientos políticos que apuntan a una visión moderna del mundo.

A diferencia de los intereses conservadores, el partido liberal usaría la religión cristiano-católica como medio de unidad mediante el retorno a un “cristianismo primitivo” (González 1997: 141) que deja de lado los poderes institucionales otorgados a la religión para regresarle un carácter puramente espiritual. Por esto, a pesar de la presencia transversal del contenido religioso en el argumento de *Una historia holandesa*, la remoción del sentido trágico original de la obra y la posterior exaltación de un sentido religioso-sentimental parece empujar al lector hacia el descubrimiento del problema de las libertades individuales representado en Cristina, para concebir la práctica religiosa de forma más individual, más acorde con el ideal moderno: las nuevas directrices morales apuntan a que “el respeto del sujeto es hoy la definición del bien: ningún individuo o grupo debe ser considerado como un instrumento al servicio del poder o del placer”⁴⁰ (Touraine, 1992: 268). En este sentido, la traducción presentada por *El Neogranadino* podría proponer una heroína que se libera de las cadenas de la servidumbre mediante la renuncia trágica a la vida para dejar de ser una herramienta al servicio de los deseos de los hombres. Esta perspectiva del comportamiento religioso, en palabras de González, buscaría “neutralizar” el influjo social de la institución clerical “privatizando la religión, que queda así convertida en un asunto individual, propio de cada conciencia, sin ningún influjo en la sociedad”, combatiendo “cierto ascetismo providencialista, opuesto a una concepción dinámica de la vida” (1997: 154). Así, pese al componente cristiano-moral en la novela, el periódico apuntaría a una individualización del comportamiento religioso, más que a la propagación de un sistema de valores colectivo. De esta manera, el clero, en cuanto institución, tendría una repercusión simbólica menor en los hechos sociales.

⁴⁰ La traducción es mía.

Asimismo, es factible que el traductor y editor haya dado con la ambigüedad de sentido propuesto por Mme. d'Arbouville en *Una historia holandesa* y considerara que para la incipiente Colombia se hacía indispensable la supresión de un sentido trágico de la vida. Esto, tal vez debido a que la visión trágica del mundo es ahistórica, su tiempo es el presente y desconoce tanto el pasado como el futuro, expulsando para siempre la ilusión de un porvenir (Goldmann, 1985: 48), pensamiento contrario a la necesidad de progreso social expresada por el partido liberal. Por otro lado, el giro del sentido hacia uno más religioso-sentimental buscaría una suerte de conciliación con un público lector que, bajo la influencia del partido conservador y de los debates en torno a la hispanidad, la religión y la separación entre la Iglesia y el estado, comenzaba a percibir al partido liberal como alejado de la corriente cristiana, en especial la católica. Por ende, *El Neogranadino* decide publicar obras con ideologías cristiano-católicas y cristiano-protestantes con el objetivo de demostrar que en realidad no condena el sentimiento religioso o la religión católica, y así ganar favorabilidad entre la opinión pública en tanto partido político que vela por sus intereses. Por este motivo, encontraremos una conducta anticlerical mas no atea en periódicos liberales como *La Miscelánea*, que expresaba su religiosidad protestando contra la “excesiva protección al clero” en lugar de proteger a “la religión” (González, 1997: 142).

Por otro lado, la publicación de *Una historia holandesa* en *El Neogranadino* incita una serie de interrogantes: ¿la publicación de obras cristianas podría sugerir una suerte de reconciliación entre los sectores liberal y conservador en lo tocante a la religión en pos de la materialización de un proyecto de unidad nacional? Precisamente, la despolitización de la “obra-signo” permite que ésta sea publicada en un medio liberal radical, mientras años más tarde es citada por un conservador acérrimo como Vergara, para compararla con la obra cumbre de la literatura colombiana del momento, *María*, del vallecaucano Isaacs. ¿Llegó la versión francesa de la obra a manos de los intelectuales neogranadinos de la época? ¿Se entendió el deseo de la autora de construir una obra con un sentido posiblemente ambivalente? De no ser así, ¿*Una historia holandesa* se interpretó únicamente desde un punto de vista religioso-moralista y sentimental?

Consideraciones finales

En las páginas que precedieron estas líneas he elaborado una disertación alrededor de la novela *Una historia holandesa* de Madame d'Arbouville (1847) y su respectiva traducción en la República de la Nueva Granada en el año 1852, en el periódico *El Neogranadino*. Aunque el propósito inicial de esta tesina consistía en esclarecer el papel desempeñado por la traducción de *Una historia holandesa*, como hecho político y literario en su contexto de publicación, dando énfasis a la “respuesta” de los neogranadinos ante el “mensaje” comunicado por la obra (Bakhtine, 2005: 257), contrastar la versión original en francés y la traducción al castellano evidenció que el problema planteado por esta última era más amplio de lo esperado. Así pues, en el anterior estudio he limitado el análisis a tres componentes esenciales, a saber: el contexto histórico, político y social en que se publicó la traducción, las modificaciones realizadas sobre ésta y la creación de un nuevo sentido a partir de ellas, y un acercamiento crítico al sentido propuesto por la autora. El recorrido por cada uno de estos escenarios ha dado como resultado las siguientes conclusiones sumarias.

En primer lugar, la reflexión sobre los debates políticos en torno a la religión y al lugar que la Iglesia debería ocupar en el nuevo orden social me permitió comprender que el fenómeno religioso, como base de la contienda bipartidista, es más complejo de lo que podría pensarse. No se trata de dividir las conciencias de manera simplista entre liberales ateos y conservadores devotos. Se trata de superar el *cliché* y comprender que la problemática se instala en el fondo de los espíritus neogranadinos: los ideales modernos provenientes de Europa se entrelazan de modo difuso con las directrices morales religiosas que por tradición han heredado los actores sociales de una nación incipiente. Esta “ambigüedad de conciencia” (Colmenares: 64) conduce a actitudes como la tomada por *El Neogranadino* mediante la publicación de obras literarias con un alto contenido religioso cristiano, ya sea católico, como es el caso de *Una historia holandesa*, ya sea protestante, como *La cabaña del tío Tom*, con el fin de sentar una posición: pese a promover la separación entre el Estado y la Iglesia, el laicismo liberal es “esencialmente anticlerical” mas “no ateo” (Padilla, 2008: 95). Asimismo, estas publicaciones significaron más que una respuesta a los dedos que acusaban de ateísmo al partido liberal, pues impulsaban y difundían, de manera tácita, entre la opinión pública los ideales liberales a través del sentimiento religioso: a partir de la moral cristiana se defendían principios modernos como la libre conciencia, las libertades individuales, o la abolición de la esclavitud.

En segundo lugar, la lectura de la versión francesa y la traducción al castellano de *Una historia holandesa*, publicada en *El Neogranadino*, deja en evidencia que, pese a la iniciativa de presentar al público lector una obra atravesada por la ideología cristiano-católica, ésta es sometida a un proceso editorial que va más allá de las necesidades típicas del ejercicio de traducción. Como se dijo, verter el sentido de una lengua a otra, por más emparentadas que puedan parecer, supone dificultades lingüísticas, principalmente de orden gramatical y semántico, que deben resolverse cuidando del “sentido global” (Mukařovský 2000: 91) propuesto por la autora en la lengua de partida. Pensar la obra como un todo constituido de porciones significativas cuya suma compone el mensaje que suscitará la respuesta del eventual lector, me permite concluir que las transformaciones operadas en la obra tuvieron repercusiones sobre la significación que pudo dársele a la novela de Mme. d’Arbouville en la Colombia de la época. Este proceder conduce a un hecho incuestionable: a pesar de las similitudes formales y estilísticas que guardan las dos versiones, el traductor nos sitúa frente a una obra diferente en su esencia a la original. Aunque se conserven los motivos del hilo argumental original, la reacción provocada en el lector se aparta, aunque no del todo, de aquella concebida por Mme. d’Arbouville. En este sentido, si bien se pretendía mostrar una conducta más tolerante y abierta por parte del periódico respecto a la cuestión religiosa, éste cuidaba de los intereses partidarios que podrían verse perjudicados por el contenido íntegro de ciertas de sus publicaciones, en particular, una con una visión trágica de la vida.

En tercer lugar, la identificación de las diferencias semánticas entre las dos versiones me ayudó a comprender de manera un tanto más precisa la estructura composicional que la autora ideó para *Una historia holandesa*. Uno de los rasgos más llamativos es, de hecho, la producción de un sentido ambivalente que, nosotros como lectores, experimentamos al confrontar la obra. La importancia de este aspecto en *Una historia holandesa* y su relativa ausencia en la traducción presentada por *El Neogranadino* fue el principal motivo que me llevó a considerar que la versión castellana se inclina hacia un sentido más religioso-sentimental, mientras que la versión francesa abre el panorama interpretativo y conduce al lector por un sendero semántico bifurcado. Por una parte, se encuentra el sentido devoto de la transformación de Cristina mientras que, por la otra, aparece uno permeado por una visión trágica del mundo que prefigura el desprendimiento de todo objeto terrenal, la entrega resignada al sentimiento religioso y el abrazo a la muerte como único medio para alcanzar valores absolutos de amor y libertad en el plano trascendente. Como se dijo

en el último capítulo del presente escrito, esta configuración podría dar cuenta del estado espiritual por el que atravesaban los franceses contemporáneos de Mme. d'Arbouville.

Por otra parte, antes del presente análisis la novela ya había sido mencionada en estudios tipo catálogo como en el libro *Lectura y nación: novela por entregas en Colombia, 1840-1880*, de Carmen Acosta, o en investigaciones relacionadas con autores de renombre como Jorge Isaacs en *Jorge Isaacs y María ante el proceso de secularización en Colombia (1850-1886)* de Iván Padilla, que no entran de manera crítica ni en el fenómeno de la traducción ni en un análisis formal de la obra, ni de su autora. En este sentido, este es el primer análisis dedicado a una novela de Mme. d'Arbouville, *Una historia holandesa*. Por lo tanto, considero que no puede cerrarse por ahora, de manera definitiva, ni el estudio de la novela en su versión original ni las implicaciones que la traducción tuvo en el contexto de la República de la Nueva Granada. En principio, el único punto de vista que comprendió esta tesina fue el del partido liberal, debido a la problemática que presentaba la traducción de una obra atravesada por el pensamiento cristiano-católico en un medio liberal. Por lo tanto, encuentro pertinente una indagación más profunda sobre la percepción del partido conservador respecto a la novela de d'Arbouville, teniendo en cuenta que presuntamente tuvo una buena aceptación entre los intelectuales conservadores de la época, como el caso de José María Vergara y Vergara. Aunque este era uno de los objetivos propuestos al plantear el análisis de *Una historia holandesa*, lamentablemente la búsqueda de comentarios o reseñas sobre la obra en varios de los periódicos más representativos de la época, tanto liberales como conservadores, fue infructuosa.

En último lugar, existen algunos aspectos relevantes que fueron esbozados en este escrito y que valdría la pena tratar en otro momento. El primero de ellos recae sobre el problema del género. Es necesario reconocer que, en la medida en que se trata de una autora que incluye en su novela a una protagonista femenina, la perspectiva de género podría ser útil para explicar ciertas características de la obra. Por ejemplo, al considerar los aspectos culturales colombianos en los que también se presentaban modelos femeninos sumisos, la actitud trágica de la heroína va en contra de la sumisión histórica de la mujer. Así, su decisión de morir, de dejarse morir, es un acto puro de rebeldía. Es un reaccionar contra la actitud hegemónica del hombre y las condiciones sociales de opresión. De ahí que aparezcan las ambivalencias en la obra, ya que Cristina no es un personaje enteramente sumiso, sino que se revela contra su condición de mujer: decide no casarse con alguien que en principio la abandonó y tampoco acepta sumisa el camino religioso impuesto

por la tutela del padre. Así, Cristina podría considerarse como un personaje femenino que reacciona contra la situación que se atribuía a la mujer en el siglo XIX. En este orden de ideas, es probable que se haya suprimido la visión trágica del mundo y la actitud trágica de la heroína porque representan un acto de rebeldía que chocaría con las convenciones sociales del contexto neogranadino. Cuando el mundo se opone a la realización individual de Cristina, el amor con Herberto, ésta se entrega a Dios, pero su entrega no es un acto devoto, porque se lleva a cabo entre los padecimientos de la muerte. De esta manera, su muerte sería figura de una reacción contra el sistema. La decisión de abandonar el mundo es justamente su acto de rebeldía.

Otro de los aspectos más importantes sugeridos por este trabajo es la evidente necesidad de una investigación sobre el fenómeno de la traducción en el siglo XIX colombiano, en relación con el contenido literario publicado. Despierta mi interés el poder entender la traducción como fenómeno en el siglo XIX colombiano, teorizarlo y explicarlo. Sería emocionante descubrir cuáles fueron las motivaciones para preservar o trastocar el sentido de las obras de acuerdo con el contexto de su traducción y, sobre todo, analizar las diferencias semánticas entre la obra original y su versión castellana. Si bien hoy día una de las escuelas de traducción, apoyada por autores como Antoine Berman, sostiene que la traducción debe respetar tanto el sentido como la “letra” de la obra original, en el siglo XIX una buena traducción era aquella que resanaba las imperfecciones de la lengua fuente y las presentaba de la mejor manera en la lengua meta. Sin embargo, a pesar de los cambios efectuados en las diferentes traducciones existía el deseo de conservar el sentido original de las obras y este no fue el caso de la traducción de *Una historia holandesa*.

Finalmente, en lo tocante a la aproximación crítica realizada sobre la versión francesa de la obra, aunque he profundizado en la reflexión alrededor de la ambivalencia interpretativa en torno al sentido religioso-sentimental y al de una visión trágica de la vida por parte de la heroína, considero que podría indagarse un poco más acerca de las condiciones históricas y vivenciales que rodearon la concepción y publicación de *Una historia holandesa*, para complementar o refutar estas conclusiones. Del mismo modo, haría falta una revisión detallada del medio literario francés de la época para saber cuál fue el lugar que ocupó la obra, a pesar de ser una producción de segundo o tercer orden. Por otro lado, un estudio más profundo podría revelar si *Una historia holandesa* llegó a ser reconocida en otros países de la América hispana o si, por el contrario, la República de la Nueva Granada fue su único lugar de difusión en este continente.

Bibliografía

Bibliografía primaria

Arbouville, Sophie d' (1876). *Œuvres de Madame d'Arbouville: II. Une vie heureuse. Une histoire hollandaise*. Vol. 1. Paris: Amyot Éditeur.

_____. *Una historia holandesa. El Neogranadino*, 8 de julio de 1852- 25 de septiembre de 1852. Bogotá.

Bibliografía secundaria

Acosta Peñalosa, Carmen Elisa (2009). *Lectura y nación: novela por entregas en Colombia, 1840-1880*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Aguirre Gaviria, Beatriz Eugenia (2004). “Soledad Acosta de Samper y su papel en la traducción en Colombia en el siglo XIX” (233-267), en *Íkala, revista de lenguaje y cultura*. Vol. 9, n° 15, enero-diciembre. Medellín: Universidad de Antioquia.

Ancízar, Manuel (1984). *Peregrinación de Alpha*. Tomo 1. Prólogo por José María Samper. Noticia bibliográfica, índices y sumarios por Luis C. Adames Santos. Bogotá: Fondo de promoción de la cultura del Banco Popular.

_____. (1848). “Profesión de fe”. *El Neogranadino* n° 1 (Bogotá), agosto 4: 1-2.

_____. (1848). “Alianza de periódicos” *El Neogranadino* n° 6 (Bogotá), septiembre 9: 41

Anónimo (1876). “Préface”. En *Œuvres de Madame d'Arbouville: II. Une vie heureuse. Une histoire hollandaise*. Vol. 1. Paris: Amyot Éditeur.

_____. (1848). “Sobre la influencia de la Religión en el orden y en la moral”. *El Nacional* (Bogotá) n° 21, octubre 21: 1-2.

Arendt, Hanna (2006). *La condición humana*. Barcelona: Paidós Ibérica S.A.

Ayala, Francisco (1996). “De problemas de traducción” (488-493). En *Teorías de la traducción: antología de textos*. Traducción de Dámaso López García. Cuenca: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Bakhtine, Mikhaïl (2005). “El problema de los géneros discursivos” (248-294) en *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI Editores.

Bushnell, David (1996). *Colombia, una nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos a nuestros días*. Bogotá: Planeta colombiana editorial S.A.

- Caro, José E. (1850). "El partido conservador y su nombre". En *La Civilización*, 29 de noviembre de 1850. Bogotá.
- Calinescu, Matei (1991). *Cinco caras de la modernidad, modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, posmodernismo*. Traducción de María Teresa Beguiristain. Madrid: Editorial Tecnos S.A.
- Colmenares, German (2008). *Partidos políticos y clases sociales*. Medellín: La Carreta Editores.
- Cortés Guerrero, José David (2016). *La batalla de los siglos. Estado, Iglesia y religión en Colombia en el siglo XIX. De la Independencia a la Regeneración*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Diderot, Denis (1996). "'Traducción' en Enciclopedia o diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios" (105-109). En *Teorías de la traducción: antología de textos*. Traducción de Dámaso López García. Cuenca: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Goldmann, Lucien (1985). *El hombre y lo absoluto: Le Dieu caché*. Traducción de Juan Ramón Capella. Barcelona: Península.
- González González, Fernán (1997). *Poderes enfrentados: Iglesia y Estado en Colombia*. Santafé de Bogotá: Cinep.
- Jauss, Hans Robert (1986) *Experiencia estética y hermenéutica literaria: ensayos en el campo de la experiencia estética*. Madrid: Taurus ediciones.
- _____. (1987). "La historia de la literatura como una provocación a la ciencia literaria", en *Teoría de la recepción literaria*. Dietrich Rall, compilador. México: UNAM
- Kristeva, Julia (1997). "Bajtín, la palabra, el diálogo y la novela" en *Intertextualité, Francia en el origen de un término y el desarrollo de un concepto*. La Habana: UNEAC Casa de Las Américas, Embajada de Francia en Cuba.
- Latham, Sean & Scholes, Robert (2006). "The rise of periodical studies" (517-531), en *PMLA*. Vol. 121, n° 2. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/25486329>.
- Llano, Rodrigo (2009). "Historia resumida del partido liberal colombiano". Partido liberal colombiano. Recuperado de <https://www.partidoliberal.org.co/userfiles/file/historiaresumidadelplc.pdf>
- Loaiza Cano, Gilberto (2004). *Manuel Ancizar y su época (1811-1882). Biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.

- Lotman, Yuri (1996). "La naturaleza muerta en la perspectiva semiótica" (15-23). En *La semiósfera*. Volumen III. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Lukács, Georg (1985). "La teoría de la novela". en *El alma y las formas y teoría de la novela*. México: Grijalbo.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino (1943). *Orígenes de la novela*. Volumen III. Buenos Aires: Editorial Glem.
- Montesquieu, Charles-Louis de Secondat (1845). *L'Esprit des lois; suivi de la défense de l'esprit des lois* Paris: Lavigne, Librairie-Éditeur.
- Mukařovský, Jan (2000). *Signo, función y valor: estética y semiótica del arte*. Edición, introducción y traducción Jarmila Jandová y Emil Volek. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Plaza y Janés.
- Padilla Chasing, Iván (2008). *El debate de la hispanidad en Colombia en el siglo XIX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas.
- _____. (2016). *Jorge Isaacs y María ante el proceso de secularización en Colombia (1850-1886)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas.
- Pauw, Corneille de (1758). *Recherches philosophiques sur les américains, ou mémoires intéressants pour servir à l'Histoire de l'Espèce humaine*. Tomo 1. Imprimerie du Roi.
- Pinzón, Cerbeleón (1852). "Libertad de imprenta". *El Neogranadino* (Bogotá), julio 8: 129-130.
- Quérard, Joseph Marie (1853). *Les supercheries littéraires dévoilées. Galerie des auteurs apocryphes, supposés, déguisés, plagiaires et des éditeurs infidèles de la littérature française*. Volumen V. Paris: Imprimerie Maulde et Renou.
- Rivera Garrido, Luciano (1869). "Una novela nacional". *El Liberal* (Bogotá) 38, junio 8: sin paginación. Imprenta y Estereotipia de Medardo Rivas.
- Sainte-Beuve, Charles-Augustin (1926) "Sur l'amour et les femmes" en *Revue des deux mondes*. Volumen XXXI. París: Bureau de la revue des deux mondes.
- Samper, José M. (1849). "La manumisión de 44 esclavos". Artículo tomado de *El siglo*, en *El Neogranadino* (Bogotá), julio 28: 268-271.
- Séché, Léon (1999). *Madame d'Arbouville d'après ses lettres à Sainte-Beuve 1846-1850, documents inédits*. Paris: Mercure de France.
- Tieghem, Paul Van (1958). *El romanticismo en la literatura europea*. Trad. José Almoína. Mexico D.F.: Unión tipográfica editorial hispano americana.

- Tocqueville, Alexis de (1995). *La democracia en América, I*. Tomo 1. Madrid: Alianza Editorial S.A.
- Todorov, Tzvetan (1975). “Análisis del texto literario” (36-109) en *¿Qué es el estructuralismo?*
Trad. Ricardo Pochtar. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Touraine, Alain (1992). *Critique de la modernité*. Paris: Fayad.
- Vergara y Vergara, José M. (1867). “María, novela por Jorge Isaacs”. *La Caridad* (Bogotá), 5 de junio: 649-651.
- Vives, Juan L. (1996). “Versiones e interpretaciones” (66-70). En *Teorías de la traducción: antología de textos*. Traducción de Dámaso López García. Cuenca: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Williams, Raymond L. (1992). *Novela y poder en Colombia 1844-1987*. Texas: Tercer Mundo Editores.